



LAS CAVILACIONES DE ÁMBAR

DE LEONARDO SOSA

Casa editora en verde

LAS CAVILACIONES DE ÁMBAR DE LEONARDO SOSA

ILUSTACIONES DE LEONARDO SOSA

LAS CAVILACIONES DE ÁMBAR

Este libro es simple no busca ser pretencioso, solo intenta transmitir mi afición a contemplar los aspectos de la vida que en la modernidad percibo que se van perdiendo.

Prologo

Como Ámbar tengo muchas ideas sueltas en la cabeza, ella refleja mucho de mi personalidad, y tal como ella lo hace yo también escribo vaya donde vaya, así quedan diseminadas palabras que no encajan con ninguna oración, historias inconclusas, pensamientos al aire, de todo un poco. Entonces decidí darle forma a todo eso para ponerlo en un bonito marco y al fin concluir lo inconcluso. Por supuesto que hice de Ámbar mi versión femenina; en muchos cuentos me puse en su lugar y me gusto hacerlo, me abrió la mente para poder escribir desde otra perspectiva, espero que al lector le guste como quedo esta bonita mezcla emocional.

Índice

Prologo

Como un cuadro de Monet

El vestido floppy

Algunas rarezas de tus ojos

El bosque

Mismidad

No te presiones

El lirismo de mis cuentos

Un amor fuera del mapa

Todo lo que entra en un día

A veces creo que soy invisible

¿Para qué quedarme?

Desaparecer

Tus pequitas con más luz y la naricita colorada

La puerta de casa

Vacío existencial

No sé cómo decirlo, necesito espacio

¿Te llevo el desayuno a la cama?

El observante

Canción cuchillo

La densidad del agua

Poco de todo

Perfección

Olvidarse de sí mismo

Coordenadas

El grado de soledad

Ese libro soy yo

Salir del medio

Una carta desde la Luna

Rutinaria

El bucle emocional

Sonriendo o apunto de estornudar

Callar

El último viaje

Lo que pasa por mi cabeza cuando medito

Cuando ya no aman

El botón rojo

Oceánica

Las cosas simples

Un milagro verdadero

El distanciamiento

Invierno, un té, Buenos Aires

Te acordás cuando la utopía era menos que imposible

Cuantas estrellas tiene el cielo

Sobre lo que todos escriben

Ayer tres

Esa canción que no me acuerdo como se llama

Los autómatas

La palabra enamorarse

La peculiar aproximación a tus sentimientos

Alas en las palabras

La primera primavera

El lenguaje olvidado de las flores

Para Licha

Déjà Vu

Vendrán tiempos suaves

Vos y yo en un poema

Antes de contar hasta tres

Borradores

Inspiración

Agradecimientos

Como un cuadro de Monet

Tu vestido tiene flores amarillas, hace juego con los campos ambarinos que a pinceladas invento sobre el lienzo, manchas de pintura crean el paisaje, cualquier coincidencia con Claude Monet es pura suerte, homenaje.

Un ramo de flores en tu mano, ¿a quién se la regalarás? Y te ondulo el pelo, mezclo en mi paleta un color más intenso para que no se pierda en la policromía más extensa del paisaje. Vos lo querés más anaranjado rojizo, pero no lo es. Debatimos sobre el tema e insistís: qué tu cabello es menos jengibre, qué lleva más ecos zanahoria, pero no me convences, es el color perfecto.



La iluminación quiero que se pose sobre tu rostro, en tu naricita, esperamos a que baje el sol hasta los detalles de tus pecas, ahora los trazos cortos se confunden con la piel, te pido que te descalces, pisas el verde sin sandalias, donde se pierden tus pies en la hierba crecida y te digo:

—Hay que fundirlos, tiene que ser un poco más opaco que un verde para armonizar, quizás con pinceladas violetas y amarillas, así también se crea un verde, otro tipo de verde.

Vos me cambias de tema y me hablas de cuando venías hasta estos campos amarillos a merendar con tu mamá.

—Sigue igual que hace veinte años.

—Parece que es lo único que no cambia...

—¿Para quién va a ser el cuadro? —preguntas, con la vista de las líneas puras de la pintura puesta en la totalidad de tus retinas. Inconsciente delicadeza psicológica para no quebrarte ante los recuerdos.

—Quizás para Luciano —te contesto sin pensarlo demasiado.

—¡No!, ¿cómo qué para Luciano?, si es para él... ¿Qué hago yo posando?

—Hum, tenés razón, entonces es obvio que va a ser para vos —se me ocurre, pero esta vez es una ocurrencia acertada.

—¡Gracias!, ahora voy a imaginar que es mamá la del vestido con girasoles, ¡yo soy más colorada!

Te reís, yo también me contagio de tu risa... después hay un silencio, en el que proyecto que esa noche, al llegar a tu casa; con mi lienzo de manchas entre tus manos, lo primero que vas a pensar, después de encontrarle un lugar especial y observarlo, es cuanto echas de menos a tu mamá.

El vestido floppy

—¿En qué mundo andas? —me preguntó Carolina.

¿Cómo le explico que cuando me cuenta que se siente mal me convierto en ella?, ahora mismo estoy sumergida en la tensión constante que siente por ser una mejor persona, le da terror ser mediocre, es una mala palabra entre sus pares, y busca desesperadamente ser una mejor hija, una mejor estudiante, una mejor amiga. Acosada todo el tiempo por su vacío existencial busca placer (que cree necesario) para ser feliz.

Tan contrario al sosiego que se encuentra en una conciencia libre, tan opuesto a la calma espiritual de una conciencia que en paz convive con el sufrimiento, el dolor y hasta con la misma mediocridad. Caro solo busca placer, lo necesita como el agua en el desierto para ser feliz, porque está atada a una tensión más grande que ella no puede manejar.

Yo sé que mi prima es una persona hermosa, pero de que sirve que lo vea yo, lo tiene que sentir ella, que sigue funcionando a medias, que carga el vacío a donde va, sin embargo, también sé que en el fondo busca algo distinto a las pastillas del psiquiatra. Por eso tengo que ponerme en su lugar de algún modo y ver de qué manera la puedo ayudar.

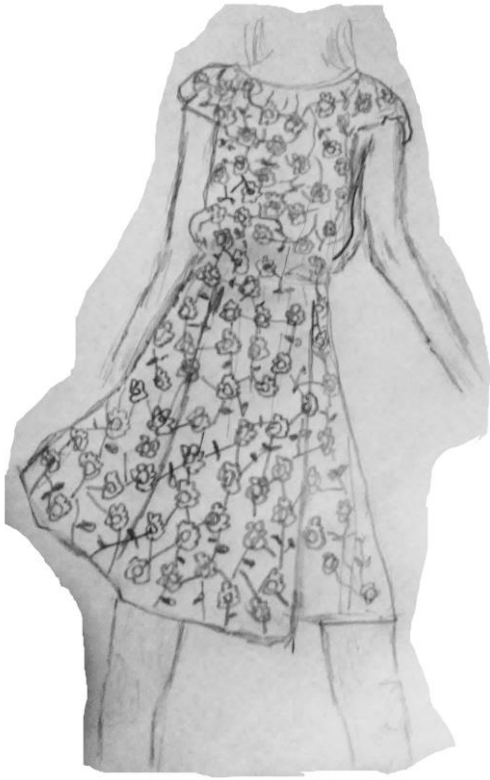
—Viaje a tu mundo por un momento —le contesto e inmediatamente voy de la cocina a la sala a buscar entre mis libros una cita que alguna vez dejé marcada.

Carolina me mira desde el marco de la cocina, me sigue con la mirada, no dice nada, aunque debe pensar que algún tornillo se me zafó cuando salí corriendo hasta la biblioteca y desparrame los libros por el piso, y mientras estoy sentada en el suelo de madera buscando esa fantástica novela, comento cosas superficiales, como que le queda lindo el vestido que lleva, un ideal de moda de los años veinte (de 1920), un vestido floppy color “natural” estampado con minúsculas, pero centenares flores blancas, tiene elástico

en la cintura, por supuesto también lleva volados; no me animo a decirle que no le queda bien la campera, sería cruel, es que la usa para taparse las muñecas y ocultar las cicatrices del día que quiso cortarse las venas.

Ahora paso a ser yo la que posó la mirada sobre ella, al ver que, con timidez, se acerca hasta el espejo de la sala, para confirmar si es cierto lo que le dije. Y aunque seguro ya se miró mil veces antes de salir de su casa, tal vez había algo que antes no vio (¿una aprobación?). En ese instante se siente linda, advierto eso en la leve sonrisa que se refleja en el cristal. Se nota en la pizca de valentía que construye al momento que decide sacarse la horrible campera; que queda tirada en el sillón.

Con la ayuda del vestido de espalda descubierta queda al desnudo su bronceada piel, también ahora se aprecian los volados de las mangas que apenas sombrean los hombros, se mira las muñecas, pasa su mano sobre las cicatrices como si las estuviera acariciando o tal vez recordando algo; y me dice:



—¿Lo uso con o sin campera?

—Sin —contesto con énfasis, apenas dejándola terminar la pregunta, al tiempo que al fin encuentro lo que buscaba... —estaba buscando esto para que lo leas.

Carolina, intrigada por todo mi revuelo, toma el libro e inventando un propio tiempo al sentarse en el sillón despaciosamente lee lo subrayado.

“Si supieras que las personas más lindas que conocí son esas que tocaron fondo y alguna vez salieron de sus guerras, aquellas que son humildes porque comprendieron que las perores cosas del mundo están hechas del mismo material que ellas, pero del mismo modo entienden que las cosas más bellas de este mundo, como las flores, las mañanas o los oleajes de la mar también están hechas del mismo material que ellas”.

Algunas rarezas de tus ojos

Ese secreto que vos sabías, pero no supiste como decírmelo, me lo representaban tus ojos cuando brillaban.

Así sucedió desde la primera vez que nos vimos, comprendí que podíamos identificarnos con las cosas del mundo que nos gustaban. La música, los animales, las plazas, e ir más allá, a lugares que el común de los ojos no ven, hasta la intimidad y mucho más profundo, ahí donde brillan suavemente las pupilas si la persona que te ve es por la que brillan (trabalenguas), así sucedió por mucho tiempo.

Además, siempre fuimos raros, nunca parte de algo más que nuestro mundo, menos parte de una ciudad fría. Por supuesto que hubo carcajadas entre las sábanas, cosquillas en la barriga y chistes malos que te podían y había un montón de cosas que íbamos a hacer.

Mirándote te entendía, me entendías, era mágico, dos raros que se enamoraron así de mágicamente extraño. Claro, hasta los ojos aprendieron a hablar en nuestros silencios, yo sabía cuándo necesitabas de una caricia, un beso o querías prestados mis oídos.

Por ende, por hermosos años debatí conmigo mismo, si lo más lindo era ver tus ojos abrirse por la mañana o verte con la puesta del sol sobre tu cabello leyendo un libro, descalza y abstraída. Estaba enamorado de tus ojos, no solo de tus ojos, de tus mejillas, de tu nariz, de tus pechos y tu cola, del extremo sur de tus caderas. De toda tu forma de ser. De tus estados de ánimo. Estados de ánimo que tus pupilas delataban; almendra cuando reías, café con leche cuando llorabas.

Entonces hiciste un viaje...

Entonces la lluvia fue tan tranquila que fue triste. Algo andaba mal, se destejía y el problema de tejerlo era saber qué vos; qué tenías la aguja y el hilo; ya no me mirabas.

A consecuencia dejamos de hablar, ahora hablar de alguna manera nos diferenciaba, quizás también todo era porque ya no nos mirábamos a los ojos; es que yo no sabía dónde estaban cuando te conversaba, tampoco en donde se posaban cuando te contaba chistes malos o sobre el montón de cosas que juntos íbamos a hacer.

—No me hagas esto —te dije.

No respondiste, pero tus ojos volvieron hacia dentro como cuando me mostraban todo tu interior sin censura.

Nos separamos por un motivo fútil, casi inventado, eso fue lo que paso. Unido a esto hay personas que siempre se arrepienten...

Los días siguientes, los de la tristeza, los de ya no estás, yo estuve transformado en la depresión misma, ya no me perdía profundamente en tu mirar, literalmente estuve perdido, hasta el punto de llegar lo más lejos que podía llegar, hasta mis silencios. Y más lejos no pude ir, ya no puedo, suerte para vos será que ahora apenas recuerdo tu cara, como querías, como me decían al final tus esquivos ojos, pero algo quedo, ¿solo algo? Supongamos qué solo quedo algo; evocó la distancia el recuerdo de una lucecita, una lumbre imperceptible que alguna vez desde tu iris brotó... ese secreto que vos sabías, pero no sabías como decírmelo, es el que yo vi en tus ojos cuando brillaban.

En pretérito, vos y yo entrelazábamos las manos cuando estábamos en la cama, y antes o después de hacer el amor una vez, conmovida, me dijiste:

—Tengo miedo.

Te mire a los ojos, te abrace, es lo que tus ojos al brillar me decían que necesitabas.

Naturalmente esto parece tener la menor importancia.

El bosque

Caminaba entre los árboles, zigzagueante, sin darme cuenta de que me ahondaba más en pensamientos. Lleno está el camino de soledad, y me siento cansada, con la boca seca, un poco mejor cada vez que escucho que estás en San Pedro, pero sigo en el bosque con la noción del tiempo perdida en mi cabeza.

Quiero sentir una vez más la cálida vida que tenías dentro, amarte como la tierra que hace vivir todo lo que crece a mi alrededor, por eso me entrego a los días que se calman, a las raíces que se enredan y trepan hasta la proximidad de mis ojos y vacío el ego, respiro lento con muchas ganas de volverte a soñar: catarsis.

En el medio de los cielos despejados, con los tobillos mordidos por el sol, descanso sobre la hierba seca, hay apenas una sombra que va quedando bajo las ramas de un árbol que me ha visto crecer; se maximiza el poder sanador que canaliza el bosque, quiero guardar un poquito para llevarlo a casa.

No digo nada más, pongo la mente en blanco... no escribo más... ahora vendrá la paz.

Mismidad

Soy lo que traslucen mis ojos.

Soy atea, sin embargo, me gustan varias canciones que nombran a Dios.

Soy la que quiere ser millonaria con riqueza espiritual. La misma que es cada día más afortunada porque necesita menos cosas, en vez de más.



*Soy una pregunta profunda con la que nadie se quiere sentar a reflexionar.
Aburrida dirán, interesante digo.*

*También soy la que admira a las personas que hacen un cambio individual
buscando uno aún más grande.*

*Soy egoísta, ni más ni menos que ninguno de mis lectores, pero quiero, ¡y con
ganas!, compartir mi vida.*

Soy un clon perfecto de las cosas más lindas de vos, te copio en silencio, sin ser perfectamente vos porque soy imperfecta.

Soy mentirosa, como cualquier escritor/a, pero estoy dispuesta a cambiar, o ¿acaso también eso sea otra mentira?

Soy un continuo yo en un pasado que se desvanece en el soy.

Soy distinta a la última vez que me viste... todavía era una niña, y quizás no era nada de lo que hoy soy.

Es que ahora todo lo que siempre soñé ser está parado justo frente a mí, se refleja en tus ojos cuando me miras en profundidad.

Soy la parte de vos que no se olvidó de mí.

No te presiones

Destellos de vos quedaron impregnados en mi forma de actuar, la ansiedad me invadió y me sacudió del manso mar en el que me encontraba.

Una ola cubrió mis pensamientos más puros, hasta trato de hundirlos en un para siempre, sé que es difícil salir del fondo, lo viví; y aunque la autocompasión suene a victimizarme, te lo cuento por si aun te interesa: lo que sucedió conmigo no fue bonito.

Acá es el espacio en el que te tendría que contar todo lo que hice en estos años, pero entra, en una palabra: nada. Lo de que estuve muy deprimida y enferma de ello lo sabés si hasta acá me leíste. Quizás te podría contar que una guitarra fue mi compañera, que algunos libros me hicieron sentir menos sola y después, después no hay mucho más.

Pero en algún punto de mi vida, el tiempo masticó todo eso como si fuera una gran mentira y logre respirar ese aire que vos alguna vez respiraste, ese con sabor a natural y esencia de honestidad, y entendí que a veces es mejor dejar ir, que, aunque deseaba algo distinto que asombrosamente conmueva la estaticidad que nos invadió, es mejor no presionar, no forzar, no menguar la libertad.

Esas vivencias al transcurrir de los años me hacen hoy enfocar las presiones de otra manera, las externas sin minimizarlas, tan solo ubicarlas dentro de mis verdaderas prioridades, y las internas comprenderlas como lo que son, absorberlas con paciencia, tranquilidad y ternura. ¿Y cómo hago eso?

Con un trabajo de serenidad que sea realista, que se traslade por los lugares que me gustan, que ante presiones el disfrute de vivir la vida sea lo más importante, transmitir a los que quiero; calma, me recuerda a vos, siempre dispuesto a ayudar. Los fragmentos de tu afecto los uso bajo mi nombre, aunque la propiedad intelectual sea tuya, te recuerdo feliz y quiero copiarte, te recuerdo sereno y en paz con tu entorno y el plagio es mi inspiración, así de absurdo.

No te presiones, no te entreveres en la velocidad de los demás, vos tenés la propia; tus razones; motivos; estados de ánimo; formas de pensar; tu ritmo.

No actúes bajo presiones propias y no dejes que presiones exteriores te manejen. Esas acciones sin una pizca de tu filosofía de interior, no te representan.

No sos vos actuando bajo presiones, a veces hay que decir que no.

A veces hay que saber empatizar con uno mismo.

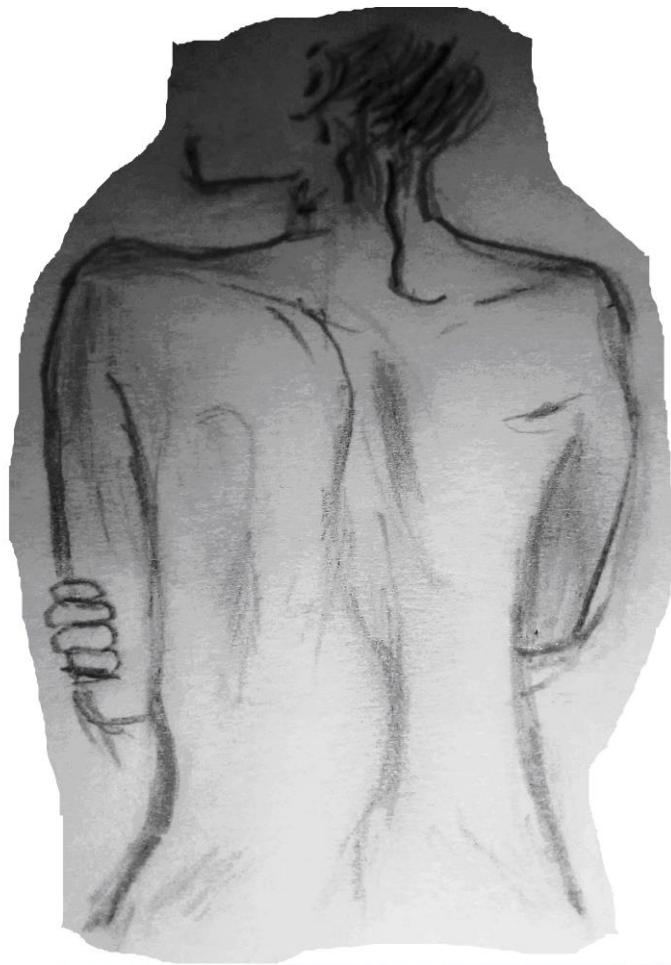
¿Es todo ahora?

¿Lo que exaspera es realmente importante?

¿Es todo ya?

Un subí baja de emociones nos controla estallando en euforia cuando llega bien arriba y en abismo cuando baja.

La estabilidad emocional nos regala la posibilidad de decir no, no es mi tiempo, no es mi momento; nos ayuda a entender con claridad que es lo que nos hace bien.



El lirismo de mis cuentos

La ilusión gráfica de mis sueños me aturde conjugando pretérito imperfecto con futuro imperfecto, anexando el mismo sueño que dormido recreo, a lo que alguna vez sé que vas a soñar vos.

Un amor fuera del mapa

A veces pienso que la gente se merece tener momentos como los nuestros, a veces los quiero compartir, pero se dan solo con vos. Es un sistema solar de dos.

Es un amor fuera del mapa, un, no sé qué indescifrable, es decir, donde lo ubicamos. Quizás en ningún lado, para viajar más lejos, para inventar verdes, o tal vez cuando nos miramos esa isla que no encontramos, somos nosotros en una escala inadecuada para cualquier cartografía.

Todo lo que entra en un día

Hay tantas cosas lindas que entran en un día, algunas simples otras sencillas. Pequeñas, pero gigantes, carentes de un valor material, porque son impagables.

Es una pena que nuestra forma de transcurrir las horas no nos permita observar la profundidad de los pequeños momentos.

Muchas veces no nos conocemos lo suficiente para lograr que la continuidad de los momentos bellos sean la mera consecuencia de llevar las riendas de nuestras emociones.

Acaso estar bien no se trata de eso, de lograr una paz reflexiva para elevar el disfrute de nuestros días.

Como una revelación tan clara, voy sintiendo que el vínculo no es solo con uno mismo, es unir uno mismo con el entorno, es una forma de vida contraria a la vorágine de la modernidad que se respira en la cotidianidad.

¿Y qué entra en mi día?

Además de recordarte en los lugares de mis pensamientos donde tiemblan los sentimientos, que es un derivado inconsciente de extrañarte, en mi día entra una sonrisa en la mañana.

También, redactar esa carta que nunca te envió, a esta altura con incontables remiendos, y una caligrafía quebradiza: voz de sangre e ilusión. La prefiero sobre un email.

Entre las siete y las ocho, antes de ir al trabajo cabe un desayuno acompañado de un libro que abra las pestañas en el jardín de mi imaginación. Aunque sea leo unas páginas. Hoy fue el turno de la literatura de Clarice Lispector.

Periódicamente hay un paisaje de camino al trabajo, así como los habituales bonitos perros que me gusta observar en sus mundos paralelos; algunos deambulando, otros paseando, con naturalidad olfateándose o rascándose y los más afortunados encontrando el sitio a gusto para echarse a soñar; además suelo mirar al cielo y pensar si va a llover o no...

De regreso a casa imagino todo lo que todavía quiero hacer, y estoy cansada, pero quiero juntarme con mis amigas y después ir a yoga, eso me puede más.

Por supuesto que pienso en los quehaceres del hogar, ordenar, limpiar, cocinar y comprar eso que siempre me olvido.

Y al llegar a casa pienso que mañana tengo que acordarme de lo que me olvidé hoy.

Supongamos que también hay un minuto en el que lloro.

Y por la tarde, siempre hay una canción que me lleva a agarrar la guitarra e imaginar que toco muy bien, solo porque vos una vez me lo dijiste, aunque no sea así.

En mi día hay un tiempo para escribir o, tan solo anotar en un papel alguna idea.

En mis días todavía uso el teléfono pompón para llamar a mamá y preguntarle: "¿Cómo estás?".

Y vuelvo a salir, voy a encontrarme con mi amiga, después a yoga y por último a clases de canto.

Antes, porque tampoco pueden faltar en mis días, paso cinco minutos por la plaza, me siento en sus bancos y reflexiono respirando de otra manera.

En mi día sobre todo por las noches, entra la nostalgia bonita de recordar a papá cuando todavía estaba.

A las veintidós, al regresar a casa después de verme con mi amiga, de las clases de yoga y de canto, ya en la cama, acostada con el abrigo perruno de Bandido sé que es probable que sueñe otra vez con vos, es que todavía por las noches, en todos mis días, aún espero que vuelvas a casa a compartirnos los días.

A veces creo que soy invisible

La gente observa donde estoy, pero no me ve.

Estoy acá, respiro, soy una mujer real, también tengo un humor particular y una forma de pensar que no se entiende, pero estoy acá. Sin embargo, la gente no me ve, quizás mira más allá de lo que puedo ser o lo que no soy, pero no me ven.

Por supuesto que sé que existo, me veo en el espejo y aunque haya días que me desconozco siempre me vuelvo a encontrar, también sé que estoy viva porque una vez vos me miraste y luego, luego no viene al caso... o es una oración abierta para completar a gusto del lector.

Soy consciente de que hay miradas para no ver. Y personas que no me quisieron ver más. Y por qué sé que me pongo roja cuando me miran y hace mucho tiempo no me pasa, sospecho que no son capaces de ver quien verdaderamente soy yo.

No pueden ver que acá, atrás de lo que creen que soy, debajo de todo lo que me rodea y al costado de todo lo que fui, hay una persona común a la que le late el corazón muy fuerte.

A esta altura tal vez el lector llego a la conclusión de que no todo es cuestión de ver, sino que también se puede escuchar.

¿Para qué quedarme?

Mientras me hablás en voz baja la noche nos llena de calma.

Se suavizan las palabras, sé que por mucho tiempo nos hemos sentido solos, sé que también nos hicimos daño; propongamos por esta noche no fingir.

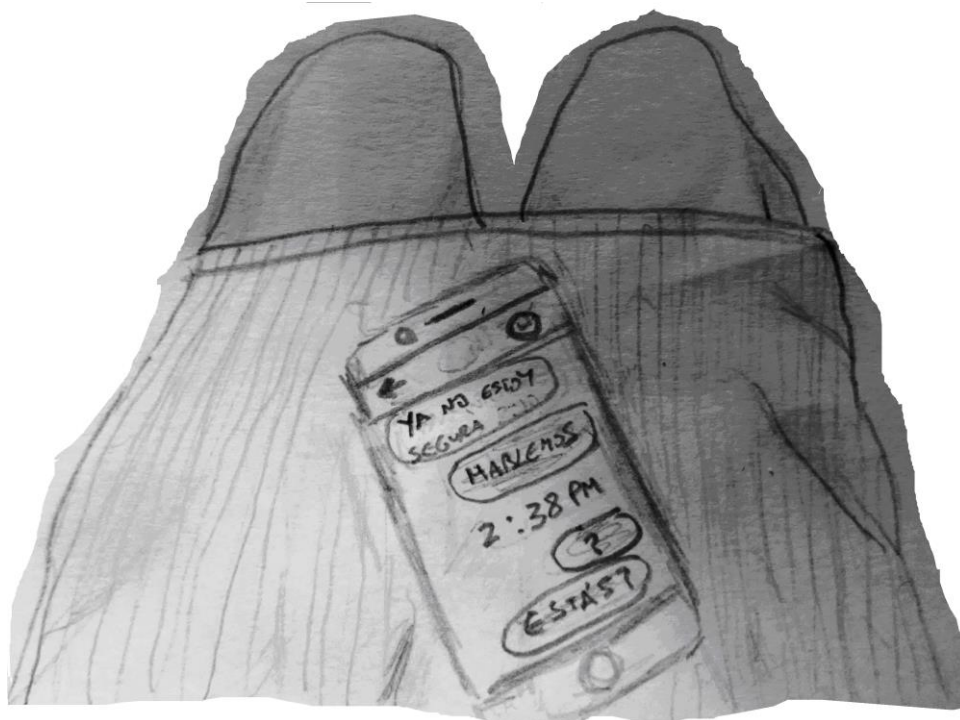
¿No estás cansado de esforzarte?, hemos deambulado en estados de ánimos confusos, fuimos convirtiendo lo que creamos en frágil y vulnerable, autodestruyéndonos, cambiémoslo por esta noche.

En tu pupila como un punto de luz, se dibuja una idea, porque no dejarla fluir, acaso es un error preguntarte si cuando te vas a acostar todavía pensás en mí, ¿aún me amas?

Abrí la profundidad de los recuerdos antes de contestar. Que me lo digan tus pupilas marrones, las que me conocen profundamente.

Quiero perderme en la respuesta, cerrar los ojos y sentirla, percibirla bien, sea cual sea tu sentencia. Ya estoy cansada de sentirme sola; esta noche déjame enmudecida, vacía, decime adiós; hasta pronto, que será hasta siempre, o abrázame con ternura, lo entenderé...

Desaparecer



Una secuencia filmográfica te representa en nuestra cama tratando de tocar en la guitarra un Fa menor, al otro lado estoy yo, borroneándome, aun tratando de decirte a que sonaba. Pero en esta escena que describo, no me salen las palabras al querer hablar, y no, no es una película muda, queda claro que hay una guitarra, y un intento de Fa menor.

En tanto, vos seguís abstraído en esa nota, sin siquiera levantar la mirada, sin saber de mi absurda mímica, sin importarte que me desvanecía en tu olvido, como un mal sueño que el cerebro censura por la mañana, ya no me escuchabas, seguro que pensaste, “aristotélicamente”, que así era mejor para los dos...y aprendiste a tocar un Fa menor y yo me olvide de como sonaba.

Así, dolorosamente para mí, se fue borrando mi estela, como el polvillo en las sombras, como las nubes con el sol, como cuando uno habla y el otro ya no escucha.

Tus pequitas con más luz y la naricita colorada

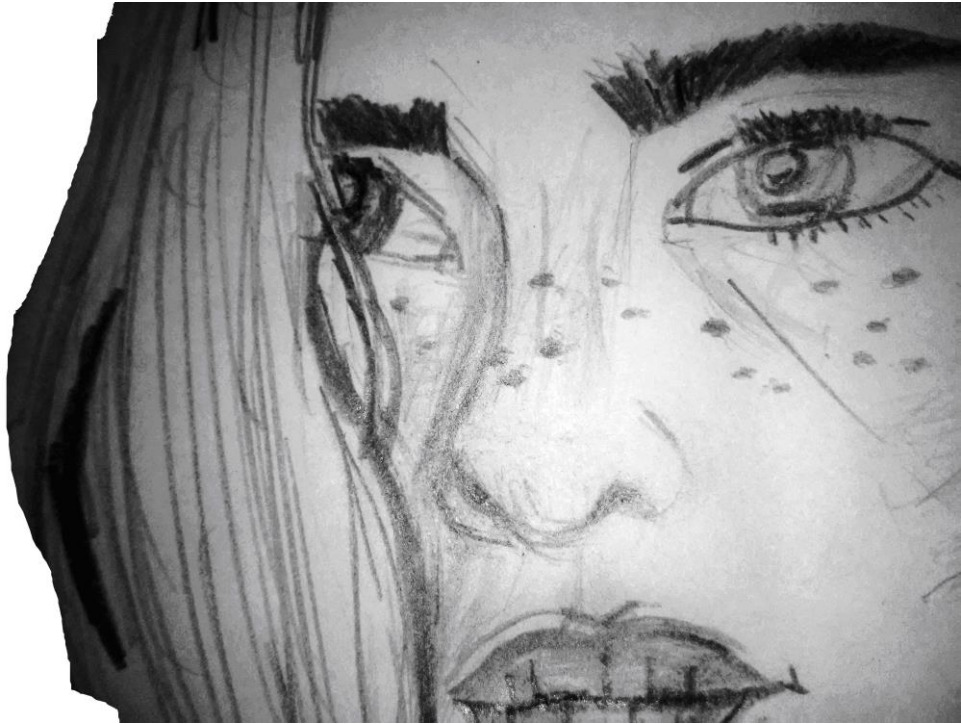
Cubre la colina un virgen bosque en el que además de muchísimos abedules y ríos zumbadores, se divisan pedacitos de vos en su biología. Parecida a un signo de admiración en la belleza de un lienzo floral que prospera e inunda de colores la tierra fértil de extensas distancias, en la que conversas, junto al manantial:

—Busqué tu huella en todo el bosque; en vano por cada rincón. Llegué demasiado tarde o quizás demasiado temprano, también sin un plan, con ni una certeza, entonces, ¿cómo se vuelve a encontrar la gente que se ha amado?

Recitas poesía sin saber cuándo lanzas preguntas que todos los animales del bosque quieren escuchar, te rodean liebres salvajes, lobos feroces y osos de pelaje castaño entre varios de muchos animales.

—Dicen que en muchas vidas volvemos a encontrarnos con los que amamos, por eso en el templo de la Tierra voy a hacer una ofrenda. ¿Para qué? Para atraerte hasta donde estoy, a este verde hermosísimo.

Victoria extendió la palma de su mano y las mariposas suspendieron su vuelo para acariciar su piel. En continuado atrapó de sus pigmentadas mejillas algunas lágrimas que resbalaban suicidas hasta la cornisa de su mentón, y sosteniéndolas las sopló una a una, creando con un tenue silbido una brisa que las unió a la pureza del agua clara. Entendí de asuntos sagrados, ahora sabía cómo nacía aquel manantial. De su interior.



Flores de abril, significa que paso el tiempo, giraron los girasoles, hasta abrieron sus pétalos de indefinible encanto, fue cuándo se encontró con Juan; el niño parecía estar perdido en aquel bosque, lleno de miedos; mamá y papá lo estaban buscando, por tanto, Victoria le tomó la mano maternalmente y lo acompañó hasta el camino que lo llevaba de regreso al pueblo.

Al tiempo, cosechas de mayo trajeron a un Juan de muchos años, de pelo cano y bastón. Se encontró desorientado entre robustos, centenarios, árboles. Lo estaban buscando sus nietos e hijos, entonces, Victoria lo guio con paciencia hasta le camino que llevaba, colina abajo, a las luces del poblado.

—No es fácil, no llego a tiempo a la vida de Juan. ¡Si así vuelven los que hemos amado no le encuentro el sentido! ¿Qué pasaría si voy yo en vez de que él venga?

Miró fijamente el camino, colina abajo, contorno de altos pinos dibujan el sendero, el mismo que lleva al pueblo...

Cuando la tarde iba pasando, se juntaron todos los animales del bosque a despedirla. Con ella viajaron los libros que esculpieron su corazón, los músicos contestatarios, las ilusiones... Todo revuelto en una mochila que le regaló la mamá de los zorreznos multicolores.

En una temprana primavera, en el gentil pueblo, sucedió: persuadidos al entrelazar sus almas, se enamoraron. Esta vez Juan llevaba la edad justa para amar y ser amado, por consiguiente, el cauce de los sentimientos construyó mil momentos felices. Cuando ella reía sus pequitas tenían más luz y la naricita se le ponía colorada. Él, con los más dulces gestos, regalándole armónicos abrazos, la cuidaba. Brillaban como supernovas en un infinito dentro del cual se perdían cuando a los ojos se miraban.

Pero en la colina, al pasar las añadas, aquellos ríos de eminencia azul, alegres y zumbadores sonaban tristes y lejanos. Repetían un debilitado hondo suspiro, marchitando al bosque que melancólicamente se secaba.

Un zorro adulto y multicolor, la visitó en una noche de mudo reposo, le explicó lo que estaba sucediendo en el bosque, convidándole su dolor. Entonces Victoria lo comprendió. Volvió a donde Juan, este Juan que la enamoró, no la podía seguir.

—¿Dime cómo se siente separarnos? ¿Es una quimera respirar para vos también? Si es así, voy a abrir las puertas de casa de par en par esperándote.

La puerta de casa

La puerta de casa no lleva llave, invita a pasar.

¿Si la cierro cómo volverías?

¿Acaso te preguntaste quién estará del otro lado cuando regreses?

Sé que afuera el mundo gira, lo que no sabes es que adentro vive la vida.

Tiende tu mirada al entrar, sé que estás acostumbrada a espacios pequeños, cuatro paredes, una televisión y otras pantallas. Acá te puedo decir que es distinto, solo te anticipo que la música no está en Spotify. Hay un inmenso bosque de pinos al entrar, de aromas deliciosos y frutos desconocidos que sus sabores quieren convidar. Si prestas atención, entre su espesura se manifiesta un sendero, que, salpicado de flores violetas y amarillas, conduce a la planicie verdosa de un valle, alfombra esculpida para descansar. Aunque también para respirar silencios, desde ahí se puede sentir la frescura de los arroyos más cercanos. Al rodear un bosquecillo de avellanos, la fascinadora altivez de los lejanos montes desde donde miremos se puede observar.

Tras la puerta desde Ushuaia hasta Tilcara la tierra es nuestra.

Es que una vez la puerta quedo abierta, y la naturaleza entro a reverdecer todo lo que dejaste marchitando.

Vacío existencial

Estaba cansada de leer la misma página una y otra vez, con desapacibles movimientos espejados, causas y consecuencias: no pasa absolutamente nada.

Aburrida, hasta de mí misma, vi una fotografía que estaba sobre la chimenea, en ella había una mujer que dibujaba una sonrisa. Se la ve tan feliz, hasta parece estar pasándola realmente bien, pero también, nuevamente, como si fuera aquel verano del diecisiete vinieron de forma abrupta todas las sombras que escondía su pose.

Es verdad que quiero pensar que me fui por otro motivo, cada uno se va porque se va decía Roberto Juarroz (1), pero a veces el amor es un vacío existencial. Ahora se abría otra dualidad en mi sentir. ¿Cuándo uno escapa dentro de uno mismo que tan lejos se puede ir?

No sé cómo decirlo, desesperadamente, necesito espacio

Juguemos a aguantar la respiración, hagámoslo tanto como podamos, después de exhalar inhalas y en el medio hay una necesidad de volver a respirar.

Por supuesto que entre un silencio y otro silencio hay ruido.

Y entre el primer beso y el segundo hay labios que saborean el gusto del alma que nos besó.

Para mí entre un abrazo y otro abrazo está lo más lindo del universo.

Para todos entre hacer el amor y volver a hacerlo hay una charla. Superficial, profunda, hasta puede ser sobre pagar las cuentas si es entre marido y mujer.

Aunque lo nieguen entre dos notas musicales existe una nota, llámala tono, semi tono, para mí es otra nota.

Por eso creo que después de haberte amado como nunca ame, necesito un espacio para volverte amar como nunca ame.

¿Te llevo el desayuno a la cama?

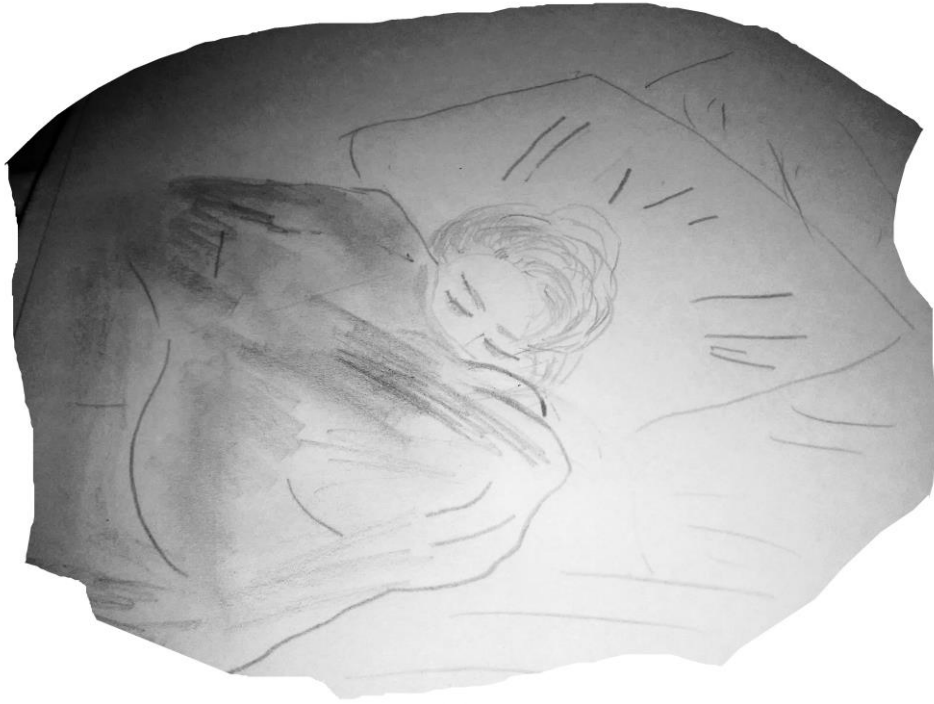
Desde que nos despertamos las prisas hay que dejarlas en la cama. Hacer la cama con ellas apretadas entre el colchón y las sábanas, con un suave edredón arriba para que no puedan escapar. Pero supongamos que seguís en la cama...

Mucha gente como lo haces vos se despierta y por la mañana lo primero que hace es agarrar el celular para revisar sus redes sociales, sus mails, sin prestar atención a nuestro propio presente, a lo que nos pasa realmente.

¿Por qué esta vez no te llevo el desayuno a la cama?

Hoy intenta tomar el desayuno, aunque sea un poco más que una gota, regalate un intervalo y esa pausa necesaria para despertar, despertá. Disfruta de los sabores, las texturas, los aromas, yo voy a poner todo el esmero para hacerte el café con leche como te gusta, con la dulzura justa, dos cucharadas de azúcar.

¿Pensaste alguna vez lo antinatural que es estar cansada por la mañana?



Tus mañanas agitadas, las conozco, te llevan, sin darte cuenta, a ni siquiera mirarte al espejo mientras te cepillas los dientes. Siempre estás bajo reloj y a las corridas.

Vos me decís: “¡Me miré!, tenía un mechón de pelo despeinado y me salió otro granito en la frente”. Yo te hablo de otra forma de observarte, ¿me vas siguiendo?

Qué tal si conversamos, reímos, nos despertamos. ¿Y si abrimos las ventanas y dejamos que la primavera entre regalona con su corriente de septiembre? Qué tal si sobre la mesita de luz ponemos algo distinto al smartphone o el control remoto de la televisión.

¿Te llevo el desayuno a la cama?

El observante

«Es que al parecer en el desamor uno se queda ciego y el otro ve con claridad.

A uno su visión se le nubla con la tempestad, y el otro confunde amor con estrategia. El que se queda con ojos ciegos al pasar el tiempo se olvida de los colores, hasta del verde. Se confunde las voces. Tantea con sus manos, formas, figuras, todo lo toca para darse cuenta de que algo que está enfrente de sus narices en verdad se encuentra ahí. Decepcionado, deja de creer en la realidad y crea fantasías. Y dirige preguntas al que observa todo, al “observante”, pero este no contesta, sabe que el otro en su situación de vulnerabilidad no puede verlo y se aprovecha de su posición deseando que un día también se olvide de él.

Aunque el observante sea consciente de las distancias, ahora para él no son kilómetros, no son trenes, ni carreteras. Hoy en día uno ve nuevas posibilidades y otro está cegado por el pasado amor. Parece que el observante lo vislumbra con la más clara claridad.

Minuto por minuto, el ciego piensa que simplemente hay que amarse. Y el observante, el que ve todo tan claramente, no lo ve».

Canción cuchillo

Hoy te quedas a dormir en casa, voy a ponerme los auriculares, otra vez como salvavidas, quizás todo se trata de reducir nuestras distancias, y viajo hasta la bohemia de la Paternal

en los versos de tus canciones. Ha surgido desde las lágrimas tu melografía, mapas de tu vida, nunca te agradecí por todo esto, por contarme en tus canciones como te sentías.

Se van venciendo los ojos, no caen por si solos, pasó otro largo día que lo apaga la noche y como un náufrago en busca del fuego sigo en mis emociones intentando sin lograr acortar nuestras distancias, teorema universal: la herida supura; ¡mentira!

¿Pensás que puedo olvidar tu forma de cantar?

Quiero la dulzura de tu voz en mis venas de por vida. Y no me importa mostrarme vulnerable, si adoro el entusiasmo de las canciones con ternura. Canción cuchillo que corta desde el interior, que se vuelve tan extraña y tan bonita a la vez.

Caen las veintidós, veintitrés, veinticuatro y en la noche, se van quedando los recuerdos en la almohada, mientras las canciones que cantas al oído las va olvidando la cantante.

Se acomoda el pasado bajo la frazada, me hago más chiquito, me pasa la mano por la espalda la nostalgia; te podían los suaves arpegios en los que tus parpados se sumergían, tratando de encontrar la intimidad de tu interior, y cuando lo hacías, en las notas más tristes temblaba tu tono agudo, bajando el cielo, haciéndolo canción. Ahora profundamente solo quiero soñar...

La densidad del agua

Pesadamente me sumerjo en el agua quiero descargar esta negatividad que traigo adosada a la piel como un chicle en la suela de un zapato, quiero sacarme de encima mi pesadumbre.

Se debe a dos factores extrañarte y no poder olvidarte.

Extrañarte se debe a otros dos factores, haberte conocido y hoy desconocerte.

Olvidarte es más difícil de expresarlo, pero todo se ramifica y se mezcla cuando mi cuerpo cansado roza la densidad del agua.

Quedo dormida en la bañera, pero no me estoy hundiendo, caigo en una confusa sensación extrasensorial en la que me veo levitando en posición horizontal, centímetros sobre el agua. No comprendo los valores de la densidad del agua y aunque sé qué hace tiempo estoy hundida, no me ahogo, pareciera que alguien se divierte y observa junto a mí esperando a que mi somnolencia termine y que meramente al tocar el agua me despierte o caiga hasta el fondo... ¿Será que es él quien aún maneja mis hilos?

¿Te paso de extrañar a alguien y sentirlo tan cerca que hasta prescribís su olor, su calor (temperatura), y a detalles que nunca le prestaste atención recordarlos?

Extrañar es más que recordar, es más que un pensativo silencio, es sentir un vacío en nuestro interior, ¿hay normalidad en extrañar en exceso a alguien?

¿Cuánto es el tiempo de sanidad para hacerlo?, ¿cuándo se considera un trastorno?



Poco de todo

Cómo imaginar a dos extraños que inventaron al amor, a dos soñadores que crearon la ilusión y ya no se conocen.

Perfección

Es de mañana, esas mañanas que duran más quizás porque son fin de semana, por eso todavía nadie se despierta.

El Mundo está tranquilo, evita el ritmo rápido de los humanos.

Suena un sonido parecido al silencio, embellecido por aves cantoras, rumores de ríos y brisas que acarician las hojas.

Y no hay respiración humana, pero si mucha vida.

Y es todo perfecto.

Hasta que alguien se despierta.

Olvidarse de sí mismo

Yo no me olvido la belleza de su inteligencia, aunque sea en vano, no me olvido de su sonrisa de flores, aunque hiera el desprecio que escondía su disimulada cortés indiferencia.

Un ladrillo tras otro, creyéndose inalcanzable, no fue capaz de ver lo que había frente a sus ojos, más allá de que en cierto momento ya no pudo hacerlo más, aunque quisiera, y siguió poniendo un ladrillo sobre otro: amurallado.

Después ya no pudo girar su vista, por ende, no pudo ver al de al lado, ni menos hacia arriba, la vista se pierde..., solo le quedo la posibilidad de mirarse a sí mismo, pero

mirándose a uno mismo el aforismo dicta que se deja de ser uno mismo porque se desconoce.

Coordenadas

Con una marcada ganas de querer alcanzar la felicidad, olvidando por completo que es el trabajo de un proyecto de vida, parte poco comprendida de una paz que se materializa en la conciencia, así te mostraste, con la cabeza en alto y muy decidida.

—Espérame —te dije —, no te distancias más.

No me contestaste, pero con desinterés en los ojos me miraste, así partiste. Chasqueaste las yemas de los dedos y desapareciste, con la certeza de encontrar la felicidad en los estados del placer.

Me quede pensando sobre las cosas que me gustaría compartir. Contando mal las ovejas por las noches, en los insomnios o soñando a destiempo, creí que todavía querías correr por el bosque y trepar al árbol más alto y del cielo nunca bajar.

¡Muy equivocado!

Lo importante en vos paso a ser el conflicto con tu espíritu en la tierra de la duda, así sin saberlo fuiste una adicta más a los estándares de perfección. Placeres un montón; ¡felicidad?, alguna.

¡Muy equivocada!

Claro que ni vos, ni yo leímos bien las coordenadas. Yo, cómo ves, choqué con un maniquí y vos, con una pared, inmensa, en el cuarto de los olvidos.

Te dolió, lo sé. También me dolió, ahora lo sabés.

El grado de soledad

Renacer, cambiar la forma de ser, de pensar, de compartir. Pareciera que la gente cambia según su grado de soledad. Pareciera...

Tengo una vaga idea que la tristeza en mi niñez me duraba minutos. Pasando a la adolescencia recuerdo más vivamente horas de congoja. Peleas con mamá y papá, con alguna amiga que se volvió enemiga y la molesta obsesión de encontrar un principie azul o, aunque sea, celeste. Algo parecido a la limerencia.

Debió de ser en el 2021 cuando el latir del tiempo lo escuche de otra manera, ahora mi vida iba en cuenta regresiva. Fue extraño en mí, una mujer de sonrisa como bandera, escuchar un mutismo que no era calma, estos silencios eran ensordecedores, eran de soledad.

Y en la persona madura que soy, el pesar dura temporadas, de otoño a otoños, esas cosas del fondo de la vida que sin quererlo están en la superficie.

Tocaban mi frente pensamientos, en consecuencia, tratando de no encerrarme en estructuras, reflexioné sobre el tema: quizás sentirse vivo sea volver a nacer, pero hete aquí que seguís siendo la misma; no importa cuanta veces vuelvas a sentirte viva; sos la que fuiste y la que serás, en fin, para mí la gente no cambia, cambia su grado de soledad.

Ese libro soy yo



Ese libro soy yo, es un libro imposible de compartir, es íntimo, por ende, para una sola persona. Ese libro que resguardo bajo la almohada cuando duermo y lo paseo de día, orgullosa sobre mi pecho, soy yo.

A veces también me siento sobre el césped a leerlo en los atardeceres; es un libro que ahorca con sus melancolías, a cada verso una bala, a cada capítulo otro suicidio.

Es dramático al punto de pedir aire, a veces te deja pensando. Otras veces hace preguntas que no tiene que hacer:

—¿No te molesta estar sola?

Miento;

—No.

Ese libro que miente soy yo.

Voy llegando a la mitad del libro..., me parece extraño que hasta ahora en el libro siempre llueve, casualidad o no, en muchas ocasiones en la que la lluvia es más copiosa se pone sumamente triste la narrativa, por supuesto llega hasta el punto de hacer resbalar más de una lágrima por mis mejillas. Es que la protagonista solo transita por las páginas sin vivirlas y por supuesto pasan los años a cada capítulo, como nos pasaría en la vida misma, y ella sigue sola. Da pena saber que todavía espera por magia, cree inclusive que en algún lugar eso existe y la alquimia en un frasco que dice: “solo amor”, es para ella.

Está claro que el libro soy yo, que estoy acostumbrada a esperar, que ya no vivo, porque vivir me lastimó.

—¿Miedosa? —pregunta el libro.

—No —contesto, (miento).

Ahora el aire en un vaivén me trasporta inerte, arrastrando mis pies. Poco importa que el cuerpo sea pesado porque el espíritu ya no es libre, me lleva por donde quiere ir, es la excusa perfecta para intentar olvidarte con cualquiera, para ser una más que no suma en ningún lado. Es triste y aun así no lo cambio, soy la rehén del yo no puedo.

En tanto el libro que abrazo cuando no puedo soportarme con mi humor, sigue a la protagonista que parece que al envejecer dejó de mentir y ahora desesperada, en cuenta regresiva, busca quien la abraza después de alejarse de todos los que la quisieron abrazar.

Ese libro que es un mix de oraciones, dice: “Espejo, decime que en el fondo de los ojos todavía me ves, que todavía estoy ahí”.

Ese libro que a veces no sabe bien que quiere, que miente, que sueña cuando se despierta y cuando se duerme sueña, es un libro que al final necesita matar a alguien dentro de sus palabras para que el lector respire, por eso es hasta lógico que termine asesinando a su protagonista.

Como yo necesito matar a alguien dentro de mí, para simplemente ser y sentirme algo más que una gran mentira que camina.

Salir del medio

Mucho ruido y yo en el medio; arriba música a un volumen descomunal, no es precisamente una pieza clásica que me gusta, tampoco punk rock que me encanta, es reggaetón, pleitesía moderna; al costado derecho un constante debate sociopolítico que incluye a dos personas subiendo el tono de voz en fade in y a la izquierda un martillo (al que le falta la hoz) que no termina nunca de martillar un infinito clavo.

Y en el medio yo... La solución es la lógica: salir del medio.

Una carta desde la Luna

Desde la Luna se puede ver la Tierra, a Júpiter que agoniza y tu casita en el extremo sur de un planeta congelado, allá ya nadie se conoce, el compromiso se apagó por las muchas luces y la poca luz. Parece el frío una moda, la cual a todos les encanto.

Desde acá, por la madrugada, en esas horas que no puedo dormir, voy a intentar escribirte una carta, será con palabras que todavía tiemblan, ríen y extrañan, te diré después de mucho tiempo: "Hola. ¿Cómo estás?", tal vez lo haga, y tal vez me contestes que no te escriba más, que ya dejé de nombrarte en mis cuentos, entonces, pensaré, que estas pequeñas cosas que conmoviéndome te escribo son lo único que me queda de vos. Y replicaras que nada tuyo es mío, y es verdad...

También es probable que me respondas lo que siempre me decías, que somos diferentes, vos de la Tierra... yo siempre en la Luna, y también es cierto...

En tanto, en esta carta de un solo pliego, que intento escribirte, solo te quería invitar a la Luna. Puede ser que no te motive si te digo que no hay internet, que no hay celulares, ni GPS. Pero acá todavía están todas las plazas donde nos besamos, el blockbuster donde ibas con tu mamá y papá, la heladería de dos gustos, hay amigos, libros y poesías.

Pero quizás no te interese o quizás no respondas o quizás yo no te escriba...

Rutinaria

Cuando den un premio a la rutina cuantos más serán los que como yo estén nominados a llevarse el trofeo de la indiferencia, repetidamente 249 días del año llego desgana de un aburrido trabajo, frecuentemente prendo la tele para ver una serie. Otra vez la casualidad

es causalidad, la serie es copia de copia, nada más que esta vez la repetición ridículamente logra ser peor.



El paradigma de las series de TV es la monotonía que definen mis días, sin metas, sin intereses, solo gastando oxígeno al respirar, hasta que un economista de turno amigo de un político de derecha, o de izquierda que más da, se dé cuenta de que le robo aire al sistema, ese día sé que está próximo a llegar, pero mientras tanto la nulidad me representa. El cero es mi número favorito, mientras nada me sorprende, lo raro serían las sorpresas, lo raro sería que algo distinto pase. Me asombran frivolidades, fascinado que haya una galletita nueva en el mercado o sorprendido por probar un sabor nuevo de una cerveza, hoy toco cerveza sabor a cereza, el consumismo me da placer, así de superficial soy, miro un rato las redes sociales para ver cómo viven los demás, lo bien que la pasan, con nada me identifico y a la vez quisiera ser parte, hasta envidia como unos simulan, me pregunto si realmente están compenetrados y llenos de tanto vacío que brindan las distancias, pero a quien voy a engañar si ya soy parte, soy tan común como ellos, tan solitaria como ver la tristeza en los ojos de los que se sacan otra selfie más, solos... Serán las doce o la una es improbable que sea más tarde o más temprano cuando el sueño me

venza, es hasta cronometrado mi dormir, antes pienso una vez más que al otro día mágicamente (como le pasaba a la chica común y desanimada en la serie que vi) todo va a ser diferente, pero al otro día la rutina me aplasta, al otro día lo de siempre que es acostumbrarme más y un poco más a mi inercia.

El bucle emocional

Imagina que una noche te despertás con el corazón latiendo a mil.

Imagina que una mañana se te viene a la mente un nombre.

Transcurre el día y haces lo que normalmente haces. Ir al trabajo, pagar las cuentas, hablar por hablar con el que te habla por hablar.

Después llega la noche y te despertás con el corazón latiendo a mil. De mañana se te viene a la mente un nombre, luego sigue el día como el día que paso y el que va a pasar.

¿Qué es lo que puede romper la rutina?

Quizás sumar cosas a tu día, o hacer actividades distintas, y convencida lo haces. Ahora imagina que a la noche te despertás con el corazón latiendo a mil. Imagina que por la mañana se te viene a la mente un nombre.

De repente crees tener la solución ¡Cómo no se me ocurrió antes!, lo de estar con alguien para olvidar, un beso, palabras heladas, usarme, que me usen.

Y cae otra noche en la que te despertás con el corazón latiendo fuerte, así llega la mañana, mañana que se te viene a la mente un nombre.

Sonriendo o a punto de estornudar

Lo veía casi sonriendo o casi a punto de estornudar, cerraba los ojos formando una línea horizontal, parecía sentir el aura de la naturaleza que acariciaba su hocico.

Yo lo seguía mirando; él abría los ojos y jadeaba, en un momento, despacioso, se acerca al río y bebe un poco de agua. Al rato vuelve moviendo su cola hacia donde estoy. Tomo una rama que cayó de uno de los tantos árboles que sombrean el río y se la arrojo, él me la trae, sigue moviendo la cola. Ahora se tira a mis pies, le digo que se acerque, llamándolo por su nombre: “che, Bandido”; lo hace, se vuelve a acomodar después de dar una vuelta sobre sí mismo y roza su lomo con el costado sur de mis costillas. Descansamos sobre el verde, a la orilla del río. Entonces yo pongo una cara como si estuviera sonriendo o a punto de estornudar y formo una línea horizontal con mis ojos, achinándolos, siento la brisa de natura que acaricia mi piel.

Callar

Multiplicaba todas las cosas lindas, la rodeaba un halo mágico, resplandecía.

Un carnaval en sus palabras, el paraíso queda chiquito. Regala al cielo esperanzas, trato de agarrarlas, una, aunque sea un cuarto de una. Me pregunto si entendés lo que provocas.

La plaza es el sitio más lindo para reencontrarnos, ansió volver a verte, multiplicaste las ganas de vos la primera vez, la segunda te voy a decir todo lo que calle.

Vestís de brisa de verano, a mí me tiemblan las manos, el corazón lo imita, intuyo tanto en mi cabeza, sabrás lo que siento en tus labios, que quiero mudarme a tu país, que quiero usar las mismas sabanas que usas vos, me asusto, callo.

Miro a la ventana y puede ser que vuelvas. Imagino verte por tercera vez. Quiero decirte que ahora si voy a danzar con vos en la playa; chapoteas con los pies, estás descalza y se arremolina tu vestido, yo quiero decirte que te amo. Pero me asusto y callo.

Miro a la ventana y puede ser que vuelvas... callo y lo multiplico.

El último viaje



El interruptor de encendido hace click, el motor se enciende, preguntás si estamos listas, me guiñas el ojo por el retrovisor, yo estoy comiendo chocolate.

Hay un recuerdo corriendo delante de mis ojos, estoy obligada a mirar adentro para recordarte, duele el corazón y mucho, no es culpa del último viaje, en verdad fue hermoso.

Conducías escuchando música, distrayéndote en los estribillos, escuchamos mil veces La gent que estimo de Oques Grasses & Rita Payes (2).

Con el corazón lleno de anhelos más lleno que el portaequipaje colapsado, nos hiciste sentir tan bien. Vos sabías que estabas enfermo, mamá y yo no, por qué no me lo dijiste, por qué no te despediste, te odie un poquito... te odie un montón... Te llevaste mi última auténtica sonrisa en ese viaje.

Yo miraba por la ventana un país que no conocía, de tantos colores imposibles, y aunque me estoy volviendo buena para quedarme un poco quieta quiero viajar con vos por esa ruta otra vez.

Quiero emocionarme, reír en verdadero solo una vez más.

Y voy mirando por la ventana, son los mismos colores, tierra húmeda mezclada con riadas, busco esa canción en mi celular: "La gent que estimo". Canto un poquito las canciones que me enseñaste, las que hablan de luchas, (de noventa por ciento derrotas), lo hago hasta donde resiste mi emoción; se me llenan los ojos de lágrimas, las intento contener, rebasan las lágrimas los colorados lagrimales.

Vuelve el silencio por algunos kilómetros, solo se escucha el silbar del aire en la velocidad, sé que a donde vamos no voy sola, miro al asiento de al lado y me sonreís, ojala pudiera recordar todo lo que me dijiste en ese viaje, le quiero poner tu timbre de voz, pero

ya no lo recuerdo, entonces vuelvo a poner la música que te gustaba y canto las canciones de mi infancia, las que te gustaban y hoy me gustan, son en cierta forma tu voz.

Voy llegando a destino, la orilla del río Uruguay me da la bienvenida con su luna. Brillan rojos mis ojos, la visión salta lejos, no puedo quitarte de los pensamientos. No quiero hacerlo y voy planificando en que mes, nuevamente, puedo hacer nuestro último viaje.

Lo que pasa por mi cabeza cuando medito

Cuando estoy en paz creo que seduzco al viento, me abraza, como lo hacen las tupidas copas amarillas en los atardeceres de San Pedro, las envuelven, las acarician y las abrigan.

Al meditar recuerdo como era todo cuando todavía no había cambiado. En trance, hasta quizás, preparé esa salsa que hacías con una pizca de azúcar. Y viajo a donde quiero estar, con quien quiero estar, converso de la vida con esa persona tan especial, en ese momento no es la ausencia el resultante, sucede todo lo contrario. Nos conectamos de formas difíciles de explicar con palabras, sin ni una sola certeza solo la esperanza, es todo suave, reconfortante, se abre el pecho y seguramente exhalo sonrisas.

Cuando medito no es todo tan malo, ni todo tan bonito, pero todo parece ser posible. En calma reflexiono sobre los que se fueron, pero también sobre los que están. Logro sacar de mi cabeza los temas redundantes y obsesivos: vos, con mayúsculas VOS, el trabajo, los nuevos amores, en fin, y sí, las voces vuelven a mi cabeza, por supuesto que sí, cantan acerca

de los posibles imposibles y yo mil veces ingenua, mil y una veces quimérica le sigo creyendo a tus promesas, sin embargo, me desato en ese momento, y nada parece ser tan dramático. Pienso que vengo escribiendo lindo, en que tal alguna vez me leas, que la panadería marcha bien y en la buena acción de rescatar a Bandido, ahora tengo un nuevo amigo, parece que las cosas lindas también de alguna manera se acomodan, me acompañan cuando medito, evoco al silencio, me rodeo de su luz.

Cuando ya no aman

Todo comenzó mal y siguió peor, ocurrió cuando el sol de marzo quería ser abril, así de falso.

Entonces me mire al espejo, era la mejor manera de saber si era tarde o temprano para nosotros, inclusive mejor que cualquier reloj. Al observarme con sinceridad, dejando desnuda la piel, entendí que era tarde. Merecía algo mejor que tu frialdad, cualquier cosa antes que fingir que no me estabas mintiendo a cada te extraño.

Sé que no es fácil mirar a los ojos a quien se ama y que ya no contesten te amo.

Cómo agua entre las manos, no es algo que se pueda atrapar, y ahora no preguntas solo evitas, vas invirtiendo tu ternura que descendía hasta a mis labios, pasó cuando la apariencia venció a la identidad. Pasa cuando ya no aman.

El botón rojo

Cuando me contaron del botón no me lo creía, la noticia salió en todos lados se expandió rápidamente en todas las esferas; redes sociales, diarios, radios y televisión.

La gente no hacía más que hablar del misterioso botón rojo. Nunca supimos quien lo invento, ni como llego hasta acá, solo sabíamos cómo funcionaba.

Es tétricamente simple, si presionas el botón recibís un millón de dólares en tu cuenta bancaria, pero el costo es que un desconocido muere. Entonces el debate se abrió, ¿presionarías el botón?

El mundo como lo conocimos cambio, había dos bandos bien definidos, hubo mucha gente que dijo Si, que lo presionaría, otros dijeron rotundamente que No.

¿Cuántas veces lo harías? Le preguntó un cronista a una señorita que respondió riéndose: ¡muchas!

Desde diferentes países fueron a buscarlo, viajaron sin saber a dónde ir para encontrarlo, distintas culturas, razas y religiones pensaron que era necesario verlo de cerca.

Pronto alguien descubrió donde estaba escondido, entonces, con mucho temor, con poca culpa, lo presionó, y por consiguiente una persona murió. Él, automáticamente se transformó en un nuevo rico. Nunca se supo quien falleció, por lo tanto, no importo.

Ahora muchos más en la teoría deseaban apretar el botón, todos ahora buscaban por el mundo el botón, nadie quien murió, entonces en el anonimato creímos que nuestras acciones no tenían consecuencias. O acaso revela como somos las personas en realidad.

¿Usted presionaría el botón?

Oceánica

Ritmo de mar sereno baila, que al interior calma.

Oceánica compañera libertaria.

Sos mi fuerza interna que me ayuda a respirar lentamente después de caer.

Pulmón austral lejano de la tierra de patriotas idiotas.

Tiemblan las conciencias cuando la mente calla.

Donde nadie me entiende como vos, porque nadie entiende lo que hacemos.

Me gusta cuando hablamos, vuela la mente.

Sos mi fuerza interna, la sabiduría profunda que se ríe de mí, ¡y que me importa!

Llevas en tus olas otras maneras de pensar.

Bailemos donde quieras, que me enamoras cuando sonreís y me gusta cuando te acostás conmigo en las noches, y seguís pensando hasta las madrugadas.

Mucho, me gusta tu acción poética de tus mañanas, donde el aire le da aire al amor.

Se funde el sol en mi psiquis marinera, se pierde, en (la) tanta inmensidad de matices azules que llegan al alma.

Sos mi fuerza interna que no cree en horizontes porque cree en libertades.

Respiro lentamente, otra vez me volví a caer, vos me das la mano para volver a bailar y yo quiero volver a verte.

Las cosas simples

Juego con tu pelo, enredados largos filamentos se enciman unos sobre otros creando un ondular poético, paisaje de Van Gogh. Es una abstracción hacerlo, un espacio puro dentro de mi imaginación, luego una mueca de sonrisa.

Tu aroma es suave y dulce. Mi piel, sus poros, todo mi ser lo absorbe al decirte cerca de tu oído una ocurrencia que en mi ingenio se despertó:

—¿Alguna vez te paso, como me está pasando, de desear con ganas y ternura estrujar unos cachetes?

Vos te reís y decís.

—No te atrevas.

Te hago cosquillas, rompes a reír, son fuego tus mejillas, jadeas y tus ojos están cada vez más brillantes. La nariz, por supuesto colorada, este paisaje ni Vincent lo puede recrear.

Esperas a que me distraiga para hacer lo mismo, buscas venganza. Pero no me puedo distraer, te estoy mirando fijamente a los labios, me piden un beso, entonces los abrigo con la boca; pienso que tienen la humedad justa, ¿qué es eso?; es creer que tu labio inferior y superior fueron moldeados para coincidir con los míos.

Estás contenta.

Me agarras el pelo con brusquedad, inquieta te movés, todavía buscas venganza, ahora una distinta. Y provocas, y querés guerra, y tomas el control de la batalla. Me sacas

la ropa, te la sacas, la dejas olvidada en el piso, el sostén cae sobre el velador, reímos y desnudos nos sentimos y sonreímos y reímos.



Un milagro verdadero

Ana tenía un don, escribía sin poder ver, pero esto no significa que sea un milagro, dicho esto, el relato ahora puede comenzar.

Ana pese a haber planificado cada detalle de su huida no quería pensar que simplemente abandono a Juan, ella siempre pensó que él era de cierta manera demasiado bueno para ella, demasiado humano; la ayudo a conocerse internamente, al margen que no sabía que conocerse no siempre es bonito, fue muy significativo. Junto a ello, descubrió otro tipo de emociones, llenas de plenitud. Se sentía muy bien con él, estaba enamorada de su bondad, pero no era suficiente... desde ese interior, el mismo que se había despertado, surgió el querer conocerse más allá del bueno de Juan.

Una tarde cuando él se fue al trabajo ella le escribió lo siguiente:

“Juan no pretendo que entiendas los motivos que tengo para dejarte, solo quiero que quede en claro que no me voy porque quiero sino porque lo necesito, quiero viajar, conocer nuevos lugares, nuevas personas, tener otras experiencias”.

Posdata: Te amo para siempre.

Por un tiempo Ana no podía dejar de imaginar lo que sucedió cuando Juan llegó a la casa, supuso que al principio creyó que era un chiste de los suyos y la busco por todos lados, después seguramente se enojó, con cierta culpa como lo hacía él, seguro tuvo rabia, e insulto al aire, «¿me entenderá?».

Quedó muy claro para ella que, aunque todo lo había minuciosamente planificado, inclusive que a Juan le sea imposible encontrarla, el dolor que sentía por haberse ido no lo había calculado.

Por eso cuando Ana conoció a Pablo tuvo miedo de llegar hasta la plenitud del éxtasis que alcanzo con Juan, esta vez no quería que sea tan dolorosa una posible despedida, e inconsciente desde que comenzó a conocerlo planifico su huida.

¡Ay Pablo! Sos tan dulce, ¡divino!, y me haces mover el piso. Tus facciones, tu cuerpo, pero desconfío tanto... creo que te vas a ir antes de que yo me vaya, sos demasiado hombre, yo tan vulgar, demasiado lindo, ¿y yo?, quizás tengo lindos pechos, pero soy "normalita", creo que todas las mujeres me envidan, ¿o por qué será que se quedan boquiabiertas cuando por al lado de ellas pasas?

Una tarde cuando Pablo se fue al gimnasio, escribió:

"Pablo me voy antes de que te vayas, no quiero ser abandonada por vos, ni terminar siendo una más, y porque quiero ser tuya para siempre y te adoro, me voy".

Posdata: Te amo para siempre.

Al tiempo Ana estableció una relación amorosa con Martín, y todo marchó bien, luego decidieron sumar un cachorrito a sus vidas, una parte de ella pensó que el compromiso de una mascota era un paso positivo en la relación, otra parte de la misma Ana, la oscura, el ying del yang, pensó que era una cadena que la ataba.

Martín era una persona muy inteligente, era amable, educado, pero para ella era mucho esfuerzo mantener ese estándar de vida, pensar siempre o tratar de estar a su altura era fingir; susurraba el lado oscuro: "la convivencia paso a ser esfuerzo". Y tal como ocurrió con las anteriores relaciones lo bonito se desdibujó. Al pensar en irse sintió alivio o menos culpa al saber que de por medio tenían un cachorrito, confió que, pese a huir, se iba a quedar con un buen recuerdo de ella si no se lo llevaba, «lo bueno es que solos no van a estar».

Escribió justo cuando él salió a pasear al pequeño perro:

"Querido Martín te dejo. Te dejo porque estoy cansada de intentar ser lo que querés que sea. Me ahogo en tu inteligencia, no estoy a tu altura, no quiero pensar, pensar y

pensar; quiero sentir y sentir y sentir. Cada uno es uno, es como es, por favor, no lo pienses tanto Martín”.

Posdata: Te amo para siempre.

Entonces como supongo que ocurren los milagros, un día Ana se sacó la venda de los ojos y pudo ver todo lo que dejó tirado en el pasado.

Ya no adivinaba, ni intuía, ahora estaba viendo a todos los que lastimo con infinita claridad. En reflexión se preguntó qué hubiese pasado si aquel día en vez de huir se quedaba con Juan, que habría ocurrido si hubiese hablado lo que callo; y si le hubiese mostrado como se sentía a Martín, y si hubiese intentado: y si no era tan celosa con Pablo; etcétera y etcétera.

El distanciamiento

Construí una idea, de esas que vuelan libres por mi mente, casi siempre solitarias y nostálgicas, tan parecidas a mis horas.

La idea: nuestro distanciamiento al fin y al cabo fue para ver si existía detrás de todo lo superficial, un amor natural.

Quizás para probarnos, tal vez para entender. O de eso se tratan las oportunidades, de vencer los temores para elevar la fraternidad humana, reservada solo para valientes. Entonces creí que nuestro alejamiento era para volver a mirar en la distancia la misma vida, que a partir de ese punto lejano nos íbamos a ayudar a volver.

“El distanciamiento para ver si hay un amor natural es riesgoso, pero maduro” me dijeron.

Por un tiempo lo creí posible, acaso tiene sentido querer diferenciarse de aquel que se parece más.

Si hasta el aire por las noches, en nuestros sueños, nos da alas para volar sobre el río y juntarnos. Si compartimos caminos, un mismo aire, arena y mar. Viví donde vivís, fui a donde vos vas a ir. Las diferencias no son tantas pensé, ¿por qué hacerla bandera?

Y los años pasaron...

Hoy pienso, que tal vez, el que intenta olvidar las distancias al final cree que no existen.

Invierno, un té, Buenos Aires

Mientras tomas un té, te acordás de Buenos Aires, conversas, con claridad en tu mirada, de todo el amor que tenés, por supuesto que no de las pocas ganas de arriesgar.

Revolvés con la cucharita queriendo que se entibie la infusión que sin calor se enfría. Irse duele menos para el que se va, ¿quién lo dice?, preguntás. El que se queda mirando por la ventana esperando a que vuelvas.



Te acordás cuando la utopía era menos que imposible

A pesar de tantas palabras tus ojos me decían que no querías irte.

Esa sensación se quedó grabada en mi retina.

Padecí en algunas ocasiones esa condición de creer que la única frontera entre vos y yo fue la física, porque la atracción por la mente y el mundo emocional la siento infinita.

Y todo se puede tratar de mostrarte un posible camino. ¿Cómo hacerlo? Intenta mirar a la distancia el pasado para que te ayude a volver.

Hay personas diferentes, son las que nos elevan el alma, y al hacerlo buscamos conectar con ellas. Esas conexiones que nos hacen ser una mejor persona son las que tenemos que valorar.

Hoy lamento no haber abrazado más a las personas que se fueron y me dieron tanto, lamento no haber entendido sus necesidades emocionales.

Ahora voy comprendiendo que los sentimientos genuinos son los que sacan lo mejor de nosotros retroalimentándonos en el plural. Me siento tan tonta...tan egoísta, como no pude verlo a tiempo...

Voy a volver a mirar en la distancia el pasado para ayudarme a regresar.

Aceptarnos como somos para encontrarnos. ¿Qué te parece?

Magia es la lectura de dos corazones que colapsan y armonizan. Quiero abrazarte, interactuar con afecto, decodificar lo que sentís. Que seas vos, quiero ser yo y lo demás, todo lo que paso, no importa...

Cuántas estrellas tiene el cielo (3)

Hice un libro llorando, riendo, sintiendo. Quise darle la más bella escritura como lo hacía mamá cuando era joven. ¿En qué momento se olvidó de escribir así? Creo que todo cambió cuando falleció papá.

Al margen, entre mis apuntes desordenados, podés encontrar papeles que llevan garabateadas estrellas junto a su teoría volada. Me aferré a ella sin ningún análisis

científico, no me hacía falta, ¿cuál sería el sentido?, si suponerla a mi manera me hace tan bien.

La teoría, o mejor llamada conjetura de la cuantía de las estrellas, plantea la posibilidad de que hay un astro por cada ser que deja el plano terrenal.

Y así voy preguntando a la gente sobre ellas, procurando encontrar a alguien que me diga que mira al cielo cuando está triste, que busca lo que ya no está en el firmamento para volver a sentirlo.

Cuando faltan mis sonrisas apunto la vista hacia las innúmeras estrellas, busco a mi papá, a mis abuelos, a la gente que ya no está.

Puedo decir que de una extraña manera me guían las estrellas.

Sobre lo que todos escriben

Conozco el hogar más bonito de todos, con discos de los Clash en el mueble del tocadiscos y perfume a vos en sus habitaciones. No leas esto, y esta vez no voy a exagerar como de costumbre, es una casa hermosa para una familia.

Cuando abrís las pestañas de la ventana, entra una luz templada, así como toda la playa, con su brisa de calmo mar y sus aromas, ¿o acaso es cuando abrís los ojos por las mañanas?

Llaman mi atención los ángulos y las múltiples facetas de los mosaicos en la cocina. También las latas de galletitas oxidadas en las que se lee incompleto "galleti Bagley",

parecen querer decorar, sin querer, la rústica alacena. Y por todas partes hay colores, solo basta ver la cortina fabulosa, estampada de naranjas y amarillos, tras la cual se esconde un huerto florido.

Como no enamorarse de esa biblioteca que rebalsa de letras nuevas y viejas, mix de páginas amarillas mil veces leídas y blancas casi sin hojear.

Me gusta que, en el centro de la casa, invitando a compartir esté una chimenea a leña y sobre el sofá esperando a ser despertada por tus suaves manos, una guitarra. Me gusta tanto, pero menos que sentarnos en el porche de rasgadas maderas y preguntarnos cosas por preguntar, mientras te observo tan joven, con tus tan rosadas mejillas.

Aterrizo: termino de escribir, sobre lo que todos los escritores alguna vez escriben, sobre una casa hermosa. Cierro el procesador de texto y la sesión de mi computadora. Me acerco a vos, vuelvo a tener los pies sobre la tierra, quiero escuchar tu voz.

Te pregunto si tenés frío.

Decís que un poco, reclinás tu cabeza sobre mi hombro, y me preguntás si alguna vez vamos a tener una casa con huerto, en la playa y con muchos discos de los Clash.

Ayer tres

Siempre regreso, pero a la hora de poner la mesa me voy.

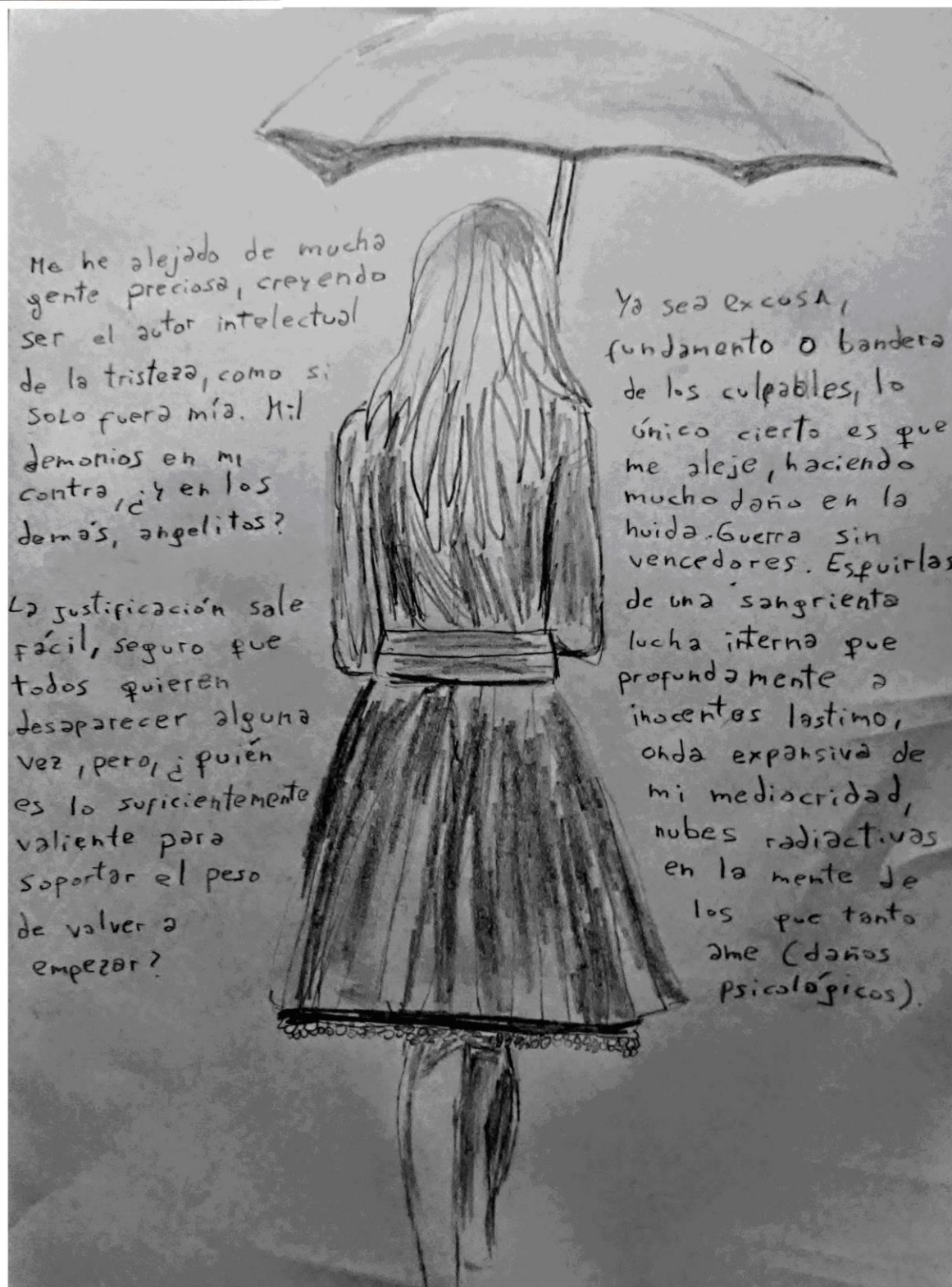
La canción siempre suena a lejanía, antes eran tres platos, tres vasos y hoy las milanesas con papas fritas que preparaste no se pueden rechazar.

—¿Te quedas a cenar? —me preguntás.

—Me tengo que ir —repito la respuesta que siempre escuchas.

En realidad, iba a llegar a casa y pensar, solo eso, hasta que me canse de hacerlo. En un momento voy a abrir la heladera e imaginar que estoy comiendo milanesas con papas fritas, tal vez después me intoxique con filosofía y después pensar hasta que me duela hacerlo.

Antes eran tres platos, tres vasos, entonces una vez sacaste uno de cada y quedaron sobre la mesa dos platos, dos vasos.



Esa canción que no me acuerdo como se llama



Las guitarras acompañan, pero crean los climaxes que me encantan, el bajo destaca, se arrastra por los trastes y armoniza, la batería jazzea, parece no hacer mucho, pero Jony en ese momento tiene ocho brazos y la voz cruda son tres tiros a la cien, y es todo orgánico.

Estoy escuchando esa canción que me gusta, la de una banda local que nadie conoce.

La letra en su primera oración dice, diciéndolo todo:

“No es sencillo cuando se trata de vos y yo”

En la voz de Emiliano es verdad, yo conozco su historia, acá en San Pedro, pueblo chico, todo se sabe, es la típica, donde la chica deja al chico, un desamor, después los nuevos demonios que son los nuevos besos y pasado el tiempo soñar y caerse de la cama.

Hay una pausa, un intervalo lo llaman los músicos...el arpeggio suena limpio, un pedal de corte en la segunda guitarra.

Y gatilla otra vez la voz con tristeza.

“Escribiste no te rindas nunca o te voy a amar para siempre, que sé yo, me dejaste en un papel, pero el cinismo inunda tus palabras”. Ahí es cuando las guitarras suben su distorsión, la batería apura: tutupa, tutupa, va a 120 BPM (pulsos por minutos).

Y la última bala lleva más que un nombre escrito, dice la verdad cuando nadie la quiere escuchar:

“Y ahora silbas una melodía para oírte, para no sentirte tan sola, algo así como cuando hablamos con la conciencia. Para que nadie nos escuche, para que nadie se dé cuenta quienes en secreto somos en realidad”.

Entonces la canción termina como tenía que terminar, con un silbido en fade out que lo intento y no me sale...

Los autómatas

Cuando una relación cae en crisis está el que pone todo en piloto automático, si se arregla será por pura casualidad; tenemos al que lo intenta con ganas y hasta se conmueve en el proceso; y hay un tercero, sobre el que quiero explayarme un poco más. Este personaje es el que falto a la clase de responsabilidad afectiva, que digo a la clase, a todo el semestre, es el que siente cero culpas y por ende no posee ningún vestigio de sentimientos.

A estos sujetos los denomino los autómatas, seres inanimados que imita a un ser viviente, pueden tener piel de cordero o de lobo, pero no es ninguno de ellos, son una mera imitación de ser humano.

¿Cuántas veces, creyendo encontrar calor en una relación besamos a una estatua fría y rígida? Los únicos signos de emoción, de estas máquinas recubiertas con piel, son respirar, comer, dormir... ah y tener sexo (¡como autómatas!, por supuesto). No obstante, la indiferente frialdad los delata.

Seguramente en tu vida te cruzaste con uno, está lleno de ellos, nos invaden, pero lo peor no es su frío corazón o sus ojos sin vida, lo peor es que nos están contagiando.

Ellos son los autómatas.

La palabra enamorarse

Cuando comenzó el penúltimo año de secundario todo parecía presagiar que iba a ser un año igual al que paso.

En la puerta del colegio ya desde lejos vi las siluetas de los de siempre. Estaba Claudio que parecía no haber cambiado la camisa del año pasado, apenas entraba en ella; también Castaño del que siempre supimos el apellido jamás el nombre; tomados de la mano, aunque una ahora viva en el sur y otro en el norte estaban Analía García y Tomás Acosta; también estaba la chica que no me acuerdo como se llamaba, quizás porque siempre estuvo a la sombra de la bonita Gabriela y por supuesto entre los otros chicos del curso mi mejor amiga,

Vaitiare, que sobresalía en el racimo de chicos por su pelo color Irlanda (no el verde, ni el blanco de su bandera).

Pasados quince minutos de clases, mientras la profesora de historia nos presentaba un aburrido cronograma del año de estudio por venir, creí que el mundo se había paralizado al verlo ingresar; todas y algún que otro chico (Juancito), por los ojos y a primera vista se enamoraron. Llevaba la camisa arremangada dejando los brazos fibrosos al desnudo, un pantalón lo bastante ajustado para imaginar todo por la noche y sobre el pecho de una camisa desabotonada, colgaba una cadenita de oro que se posaba, hipnótica, sobre su piel bronceada. “Él es Alan Cuellar”, dijo la profesora, «hasta el nombre es bonito», pensé. Saludó con gracia haciendo un movimiento con la mano, seguramente todas las chicas pensamos que a cada una nos sonrió al mostrar una dentadura de porcelana, luego la profesora a la que jamás le vi expresar un sentimiento en su rostro, con una mueca similar a una sonrisa en sus labios le dijo donde se podía sentar. Pasó por al lado mío y noté que tenía ese perfume que por cinco minutos se percibe en la piel cuando por la mañana uno se baña; a nuevo y fresco; a lindo, si es que existe esa fragancia. Se sentó dos bancos atrás de donde yo me sentaba.

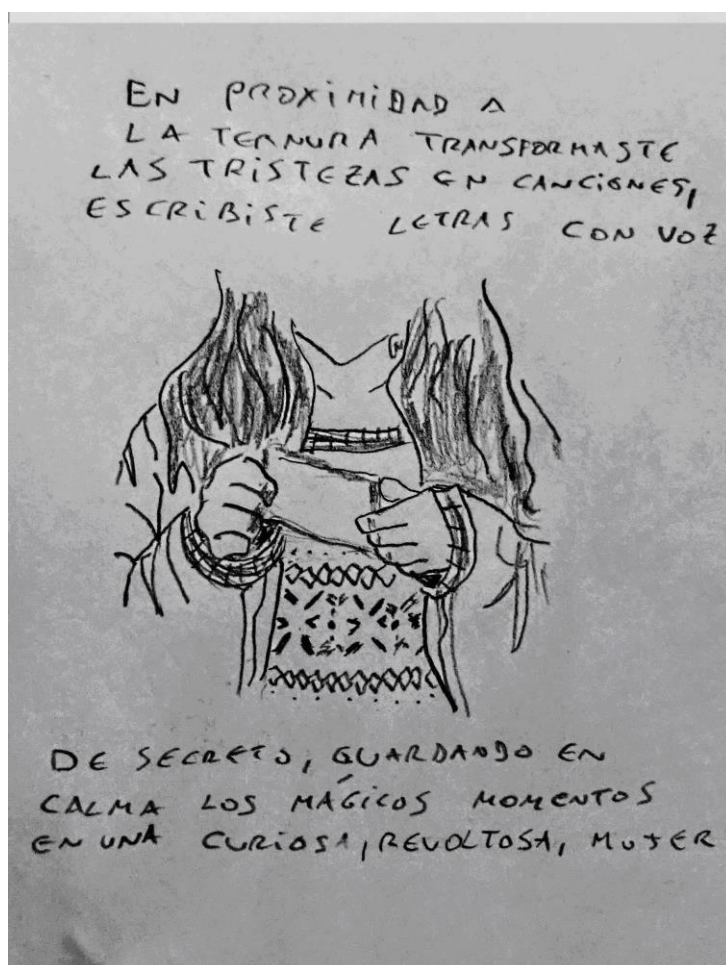
La clase continua, entonces sin opción, para no quedar como estúpida mirando hacia atrás volví a mirar al frente.

A mitad de la clase llegó el punto en el que cada uno pasaba al frente y respondía, a modo de repaso, las preguntas de tercero que la profesora hacía. Por supuesto todas esperábamos ansiosas que sea el turno de Alan, sobre todo las que nos sentábamos adelante que hace media hora no lo veíamos, nos estábamos transformando en salvajes; y en el momento que la profesora lo hizo pasar al frente a responder las preguntas sobre unitarios y federales, ahí lo vi, tras el chico nuevo, sentado en el último banco del aula estaba Lisandro.

Entonces cuando todos miraron a Alan, yo me quede mirando a Lisandro.

A la distancia tímidamente me saludo, lo hizo dos veces al ver que yo no reaccionaba, me quedé pasmada, pensando en lo distinto que se veía a la última vez que nos vimos, el verano paso distinto en él.

Inmediatamente me di cuenta de que me había enamorado.



La peculiar aproximación a tus sentimientos

Ya no es pasado mi cercanía, ni futuro mi distancia, es acá, es hoy el momento.

Donde estamos parados, experimentando lo que nos rodea de forma natural sin edulcorantes, del todo va a cambiar a nada cambia acá poco importa, el madurar es ahora, el estoy tan solo y perdido sin vos, es: estoy acá en tiempo presente; vivo, respiro, le prestó atención a ese respirar, consciente de que mi estado de relajación me va a tranquilizar y a alejar las emociones de estrés y desesperación que me agobian cotidianamente.

La calma abraza la nostalgia, la máquina perfecta no sos vos, no soy yo, somos personas que cometemos errores... y si yo tengo algo tuyo siempre en mi corazón soy un poquito más completo, aunque algo tuyo me falte.

Pero soy consciente de que la vida siguió para vos y por supuesto, aunque a veces no parezca, también para mí.

Alas en las palabras

Te van a decir siempre educacionalmente que el tono de voz tiene que ser alto, firme. Soy de las que habla bajito como lo hacía mi viejo, soy de las que les gustan las conversaciones que llevan intimidad, esas donde los diálogos profundos son protagonistas, que plantean, que proponen, que como un niño llenan de porqués las oraciones, pero que resuelven laberintos emocionales y aclaran la conciencia. Me gustan las relaciones donde el diálogo

sea el pilar, donde no existan secretos en una relación, donde lo que se habla de frente sea lo que se habla de atrás. Donde hay alas en las palabras.

La primera primavera

Estados de ánimo de primavera, enamorados queriendo ser dueños de una flor, desafortunados queriendo con una flor ser parte de un amor.

Llegada esta época era común ver a los transeúntes pasear por ese sendero de la plaza y ser sorprendidos por la belleza del manto colorido de una pequeña loma a su lado. Un pedacito de cielo en una ciudad gris, una rareza, una linda sorpresa.

Rodeaba de los aromas del libre jardín se encontraba una pequeña florcita, de color blanco, de pequeño tallo y con poca gracia; la pobre no destacaba. Para colmo al lado de ella, la opacaban jazmines coloridos y orquídeas majestuosas, de tallos fuertes y enverdecidos. Pero a ella todo eso poco le importaba, es que ese día, cuando el alba, tempranera, se posó sobre su capullo, se separaron sus pétalos, despertándola. Convirtiéndola en toda una flor y ahora por primera vez se sentía hermosa.

El invierno había sido oscuro para ella, sin luz, con poco más que esperar a florecer, pero eso había quedado atrás, ahora en su primera primavera presentía que todo iba a mejorar.

Desde ya que en primer lugar observó todo su contorno; descubrió una fuente con patos a lo lejos, un árbol sombreador de bancos a un costado y fronterizos edificios a la distancia. Pero la mirada curiosa de la florcita no podía dejar de ver a los humanos, estaba

conmocionada con ellos, les parecían graciosos e interesantes, los seguía con la vista de acá para allá cuando pasaban, claro que se quedaba congelada cuando se detenían frente a ella; en fin, no quería perderse ningún detalle de ellos. Pensaba por largos minutos que sus ojos eran misteriosos, ¿qué secretos escondían?; lo que si sabía, es que estos seres, admiraban a las flores; se sacaban fotos con ellas; les decían cosas bonitas y sonreían cuando las veían; hasta vio a una chica que sentó ante ellas toda esa mañana y usando lápiz y papel retrató el paisaje, era obvio que la florcita sintiéndose hermosa, creyó ser su musa.

Al pasar el primer enamorado, se acercó a una orquídea y al absorber su aroma a vainilla, supo de inmediato que era la indicada para regalarle a su novia, corto su tallo y se la dio. La florcita imagino a donde iría, «seguramente así las flores somos libres, viajamos por todo el mundo, somos protegidas en los inviernos y regadas en los veranos»; y ansiosa espero su turno, vio que pasaron muchas personas y también junto a los humanos, más de una flor se fue, pero ella seguía siendo ignorada, escucho a una mujer que dijo: “esa no es linda”, a un señor que balbuceo: “esa está malita”, a otra doña que no tenía fragancia, «¿qué tienen ellas, además de coloridas corolas, perfumes deliciosos, y tallos largos y verdes que yo no tenga?»

El sol se empezaba a esconder y la florcita al ver que no era elegida se sintió apenada, le desbordaba las ganas de ser la próxima que abandone el jardín, parecía ser una necesidad que alguien se fije en su belleza, quería tener esa oportunidad, cansada de ser tan pura, tan virgen, entonces, mientras se encontraba sumida en los pensamientos de inferioridad que los pocos agraciados alguna vez tenemos, una mujer para su sorpresa la tenía entre sus manos.

La florcita vio cómo se alejaba del jardín y por un segundo fue feliz, muy feliz, al otro segundo le faltó el aire, y al siguiente tristemente murió.

El lenguaje olvidado de las flores

Tarde comprendí, que desde que te conocí escribías en el lenguaje olvidado de flores.

Palabras de varitas mágicas, jardines mágicos y antiguos círculos de cultivos.

Contarán tus páginas que hace tiempo conquistaste a un hombre, simple, muy simple, al que nadie miraba, dirán tus cuentos que en mi desierto una vez hubo un frondoso bosque al que cuidabas. Quizás nadie te crea que lo poblaste de maravillas; con prados armónicos y fragantes. No te preocupes., yo todavía creo que tenías por varita mágica tus canciones, así florecían las lilas en el jardín. Hablaban tu idioma, ese que volaba alto en tu pecho. Soplabas polvo de hadas de tus manos y la esparcías sobre los capullitos de alhelí, era así, regabas con sonrisas las dalias y las amapolas.

Solo te quería preguntar si aún funciona aquello que me dijiste; lo de que la magia se conecta a las emociones.

¿Todavía funciona?

Es que yo sigo creyendo en todo lo que me contaste... como eso del para siempre...

Vendrán tiempos suaves

Dicen que me perdí, que cuando ella no me vio más en el inconsciente de sus pensamientos, desaparecí.

Por un tiempo me lo creí, hasta que poco a poco aprendí a ver en este mundo de ciegos, es difícil cuando te venden que solo hay que mirar hacia adentro. Es casi imposible cuando no hay mapas, ir adivinando no tiene mucho sentido o tal vez el sentido lo dan las experiencias, también sé que me he equivocado incluso con claras señales. Tanto me he confundido que trato de pensar que todavía hay un tiempo para nosotros volviéndome a equivocarme.

Tengo conflictos de un depresivo, miedos de varios colores y a veces todavía olvido que te fuiste, así vivo, entre dudas que hacen aumentar los impactos negativos, con la sola certeza de que más alto no puedo volar. Tal como me describo, desnudo en estas palabras, con tu ternura acabada sostenida solo en mis recuerdos, comencé a colgar en la pared los sueños del pasado, volviendo a ver el sol con la belleza cotidiana de sus mañanas, recibiendo sin mediar nada a cambio la risueña simpleza de su bienestar y calma.

Creció en los poros de mi piel la ilusión de que esta vez iban a llegar tiempos suaves, lo sugirió mi guitarra que volvió a sonar, revolucionando al pasado y estoy haciendo temas nuevos y vuelvo a sonreír cuando hablo, de igual modo retomé la escritura, abriendo las ventanas de casa, dejando saltar a la naturaleza todas las oraciones.

Dicen que ella se perdió. Qué cuando yo no la vi más en el inconsciente de mis pensamientos ella desapareció.

Para Licha (Los perros saben leer)

Me pareció que mi perrita se quedó congelada mirando la pantalla cuando estaba escribiendo en mi compu la palabra amistad.

Sonó el timbre y dejé ahí lo escrito; había pasado un amigo a buscarme, entonces, apurado, agarré la campera y salí corriendo de casa, olvidándome de dejarle su comida que ella tanto esperaba. Al regresar mi cachorra seguía observando esa palabra que titilaba en el monitor, avergonzado escribí al lado de amistad la palabra perdón, ella aceptó mis disculpas por haberme olvidado de dejarle su comida y las mil más que me mande, jamás me juzgo... seguí escribiendo y puse compartir, ella paró las orejas torció su rostro mirando fijamente la pantalla, y luego de un instante dio un salto y corriendo fue a traerme la pelota con la que siempre jugábamos, (para que juguemos), para que compartamos, pensé. Jugamos un rato y nos divertimos mucho más.

Al día siguiente, agarré una tiza y tracé en grande sobre un pizarrón la palabra amor en inglés, para ver si sabía idiomas, en esa semana Licha me compartió su amistad con amor... Lo recuerdo bien, la semana anterior vos te habías ido, ya no te volví a ver, por supuesto que yo necesitaba todo eso junto. Quería tu amistad, necesitaba pedirte perdón, quería compartir y extrañaba tu amor.

No sé a dónde leyó, quizás lo vio en la tele (aunque lo dudo, eso no se ve ahí), pero de alguna manera también aprendió la palabra consuelo, mi perrita me brindó su calma en mi tristeza, su buen ánimo en mi abismo, su tranquilidad en mi ansiedad.

Espero que leas en mayúsculas este GRACIAS.

Déjà Vu

Hoy me preparo para salir.

Me pinto las uñas mientras veo la serie del abogado de Breaking Bad. Practicó contorsionismo para llegar a las uñas de los pies y pintarlas de un suave color melocotón. A contraluz parece llevar consigo un ligero brillo trasparente.

Miro la hora, me pongo un poco más nerviosa de lo que hasta ahora estaba, me pruebo un pantalón y un vestido. Elijo el vestido. «¿Cuándo fue la última vez que use uno?» Todavía no me lo pongo, indecisa, quizás a último momento cambie de opinión.

Me maquilló sombreando los parpados inferiores y las pestañas. Por un instante solo presto atención a mí cuerpo. Miro la barriga, me pongo de costado al observarme al espejo. Sonrió por haber bajado esos kilitos que por años me molestaron. Me acomodo el sostén.

Luego vuelven los inconscientes déjà vus cuando combino el vestido con las zapatillas que me regalaste para mi cumpleaños.

Te pienso, ... bastante.

Agarro las llaves de casa, la billetera, el celular y salgo.

Hoy me voy a encontrar con alguien que no sos vos.



Vos y yo en un poema

Antes de vos y yo existía esta tierra, con riadas, montañas; por supuesto un sol, una noche; y parece difícil escribir sobre algo nuevo que suene a bonito, porque el mundo ahora se acostumbró a la duda. Claro que, si la mayoría lo aprueba, entonces sí, será oficialmente bonito. Pero siempre fuimos minoría, hasta el final del viaje, tan solo vos y yo. Un hombre que no teme al llorar y una mujer que le gustaba poner algo entre un detalle y otro detalle, que parecía insignificante y era un universo. Éramos miradas, silencios que nos acompañaron, palabras que nos enamoraron, serenas canciones y hermosos, simples

sueños que es lo mismo que decir amor. Fuimos kilómetros de distancias encontrados, Colonia de Sacramento, Montevideo, Buenos Aires. Hasta formamos parte de los versos de una poesía y había tantas luchas que todavía teníamos por pelear. Entonces fuimos duda...

Y después de vos y yo seguirá existiendo esta tierra; con sus ríos, sus cumbres, por supuesto sus veranos e inviernos.

Antes de contar hasta tres

Campaneo una melodía y en el resonar de su adiós, un hilillo de voz en mis pensamientos, me llevó a alejarme queriendo quedarme, no tenía otra opción.

Deambulé por distintos caminos, conocí muchos lugares, varias gentes, y caminé hasta encontrarme rodeado de naturaleza, rebozado de flores y toda su poesía. Es de difícil comprensión explicar que en un bosque me cruce con un hada, pero supongamos que así de fantástico fue, ella, de piel blanca, pelirrubia, de naricita y orejas pequeñas, tal cual como toda hada me dijo:

—¿Podes mantener la distancia?

Le dije que sí, y quise hacerlo, pero no pude. La asfixiaba.

Entonces, sin más, desapareció.

Me dejó despertar un recuerdo, un motivo de tu adiós, necesitabas un espacio. Un momento que sea solo tuyo en el que yo no esté, donde protegerte no sea una excusa paranoica.

Al lado de una lila volví a cruzarme con el hada de carácter revoltoso un poco peleadora y otro tanto tímida, como toda hada; esta vez guarde distancia, y aunque deseaba sentirla cerca, de alguna manera que no entiendo me brindo su calor.

Entonces dijo:

—¿Podés abrir tus sentimientos?

Le dije que sí, realmente lo quise hacer, pero no pude.

Antes de irse lanzó un hechizo, de esos donde extrasensorialmente te observas, me vi con una máscara, callado y sin poder revelar como en realidad soy, o acaso es mi presente en el que no digo como realmente me siento: totalmente enamorado de tu vida.

Por supuesto que antes de contar hasta tres desapareció.

Me senté a descansar bajo la sombra de un viejo árbol, ya la tarde caía, fue ahí donde la volví a ver. Estaba haciendo cosas de hadas, cantando, imaginado, extrañando.

Me dije a mí mismo: “ya sé tú truco”, esta vez voy a empezar a contar desde cero.

Ella dijo:

—¿Podes evitar calcular?

Especular no es lo mismo que calcular pensé y ahí estaba otra vez calculando. Y antes de darme cuenta, otra vez había desaparecido.

Anochechía...

Salí del bosque y llegué a casa, de repente sentí frío, venenosos glaciares. Me puse el sweater que dejaste olvidado en tu apurada partida, antes de que pueda contar hasta tres. Y empecé a escribir este cuento (y todos mis cuentos) queriendo regalártelos algún día, anhelando contarte lo que la naturaleza me enseñó.

Obvia la parte en que había un hada de pelo revuelto, piel blanca y con hoyuelos en las mejillas al sonreír, pero recordá que desapareció antes de que le muestre que podía comprenderla.

Borradores

(Capítulo uno de la obra el sentido del plural)

En ese ayer, una voz oncológica resonaba en todas las habitaciones de la casa familiar. Frases que no hacían ninguna referencia a salvar su vida, sino solo prolongarla.

Desandando el calendario hasta el instante en que por primera vez escuchó el término quimioterapia intravenosa, antes de llevar cosido en el pecho el día más triste de su vida, antes de caer, levantarse, volver a caer y levantarse; mucho antes de vivir con su abuela y su tía, se sentía la niña más feliz del planeta.

Fue por la década del noventa, tiempo de una Argentina hipnotizada por un afrodisíaco llamado menemismo, todo a un peso un dólar; y ni hablar de futuros *viajes a la estratosfera...* En el cine *Terminator dos* y en la tele Gorbachov estrechaba la mano de algún Bush, padre o hijo, no importa cuál, son tan iguales.

Fue cuando apenas era una pequeña pilluela a la que le gustaba rebuscar en la biblioteca de mamá esos libros que tenían palabras de *grandes*. La adrenalina crecía

cuando en su escondite, un atiborrado chiribitil, leía dramas familiares o escenas eróticas entre diversos argumentos, y aunque no los entendía del todo, le fascinaba conocer párrafos, personajes y escenarios distintos a los de sus libros infantojuveniles.

(Capítulo dos de la obra el sentido del plural)

—¿Y cómo está la relación con Rubén?

—No va bien, sospecho que me estoy despidiendo. Fue una apuesta muy alta; quería una familia y un compañero para toda la vida. Por otra parte, te puedo mencionar todas las cosas que deje de lado “por la pareja”, al parecer no fue suficiente, él se cansó, se agotó, creo que ya ni le importo... Y yo tengo un vacío emocional que no lo puedo controlar.

Sorprendida, improvisar palabras para Ámbar era dar con el verbo justo.

—A veces el desamor es un vacío existencial, la desidia en la relación no ayuda, pero lo ideal es tener paz mental, para actuar con responsabilidad afectiva, sin lastimar, sé que suena muy difícil y tal vez es lo que menos te interese ahora, uno trata de sobrevivir y solo piensa en su dolor cuando está en una espiral de sin sentidos.

—¿Cómo hago eso? Si para alcanzar un poco de esa paz mental necesito de sus palabras y sus afectos —sin poder disimular la pena que se asomaba por los ojos, murmuró un anhelo —, a veces me gustaría ser más reflexiva, como lo sos vos, para entenderlo.

—Vai, me hablaste de metas y objetivos que no se terminan de realizar, y tu desilusión es fuerte y te tiene mal, pero son momentos en que uno solo ve lo negativo y se reflejan en nuestra aura.

A decir verdad, se la veía desconocida, desconectada del mundo, solo inmersa en la búsqueda de las razones del rechazo de su marido.

—La actitud reflexiva y responsable la entiendo, pero insisto, que pasa si a él no le importo.

—Comenzá por vos, si no te autopercibís bien, ¿qué ven los demás?, ojo, trata de que los medios para alcanzar “tus metas”, no se convierten en fines en sí mismo. No pretendas separar el bien para alejar el mal como hacemos todos.

—Me cuesta mucho pensarlo como vos —se quedó callada, en una pausa que inconsciente pide aire a las palabras para procesarlas; luego de ningún sonido alguno, solo nada, se permitió una pregunta que le carcomía los pensamientos —. ¿Qué pasa si solo soy una mujer común?

—Qué pasa si te digo que lo sos, tan común como yo o la señora que se fue recién, ¿por qué todos buscan ser distintos? No necesitas ser especial, necesitamos más química cerebral, interactuar con afectos reales —se detuvo antes de irse por las ramas y terminar hablando de los “orgasmos” modernos de felicidad — Vai vos sos hermosa. Pero no busques mi aceptación, ni la de tu marido, ni la de nadie, solo la tuya, conexas con tus raíces y semillas; si a dónde vas plantas tu simpleza, te vas a enredar menos.

—Lo sé —dijo Vaitiare, que ahora escuchaba a su amiga en el papel de su psicoanalista personal, fiel representante de la corriente humanista tal como Erich Fromm o Viktor Frankl.

—Entiendo que el problema ahora parece ser otro y es que cuando todo se viene abajo el golpe es muy fuerte, tan duro que no deja pensar con tranquilidad, pero te preguntaste o le preguntaste a él si es consciente de lo que está pasando.

—Creo que sí, que lo sabe.

—¿Pero todavía no hablaron del tema? —quiso saber más.

—Estoy tomando fuerzas, tratando de ver si algo, todavía, se puede salvar —adujo Vaitiare que, con un umbral vocal más agudo de lo normal (presagio de consternación), agregó —es que veo como discurre el pasado entre los dedos y no lo puedo agarrar... y todo esto me angustia.

«¿Me preguntó que idea habrá formado sobre mí para mostrar tal desprecio?»

(Capítulo dos bis de la obra el sentido del plural)

—¿Cómo hago eso? Si para alcanzar un poco de esa paz mental necesito de sus palabras y sus afectos —sin poder disimular la pena que se asomaba por los ojos, murmuró un anhelo —, a veces me gustaría ser más reflexiva, como lo sos vos, para entenderlo.

—Hay un trabajo interior que hago para mantener una vida sana a nivel psicológico, sé que te parecerá raro, pero quizás te ayude... intenta separar tus metas personales de las colectivas, esto es diferente a toda individualidad que se te pueda ocurrir, me refiero a potenciar tu ser con experiencias para descubrir tu intimidad.

Cuando uno puede crecer en lo personal y lo comparte, aumenta el colectivo positivo. Querés hacer algo, ¡hacelo!, que no sea una excusa para justificar tu propio desencanto, no dejes nada que quieras hacer sin realizar; es la práctica ideal para trascender fuera de

la pareja y necesaria para conexionar tanto interior como exteriormente; ahora si te aferras solo a tus deseos, sin interactuar, sin compartir tus nuevas experiencias, y tus objetivos son egoístas al punto de no poder hacer partícipe a otras personas que te quieren, todo lo mutuo yo creo que se pierde.

Sé que no es fácil todo lo que te planteó en este punto en el que estás, sin embargo, también sé que la individualidad lleva a un vacío alrededor y ese alrededor a un vacío individual.

Conversación entre Ámbar y Vaitiare

Versión A

—Yo pienso que lo peor en una relación no es confundirse o meter la pata, lo peor es no intentar arreglarlo, y hay una triple diferencia; el famoso piloto automático si se arregla será pura casualidad; intentarlo con ganas, conmoviéndote en el proceso; el comportamiento sociopático y no intentarlo, cero culpas, nada de responsabilidad y ningún vestigio de amor. —opinó Ámbar.

Versión B

—Yo pienso que lo peor en una relación no pasa por confundirse o meter la pata, lo peor es no intentar remediarlo, y hay una diferencia entre querer arreglarlo, y no intentarlo. —opinó Ámbar.

Inspiración

(1) Poema “Cada uno se va porque se va” de Robero Juarroz, incluido en Poesía vertical, 1958.

(2) Canción “La gent que estimo” de Oques Grasses & Rita Payés, 2021.

(3) Poema “¿Cuántas estrellas tiene el cielo?” de Andrés Eloy Blanco, incluido en Obras Completas: Poesía... Tomo 1, 1973.

“El libro de los amores ridículos” de Milan Kundera, fecha de publicación 1969.

Cuento “La partida del tren” de Clarice Lispector, incluido en “Onde estivestes de noite”, 1974.

Agradecimientos

Hoy voy con todo mi entusiasmo a buscarte al colegio, hoy vas a salir contento como siempre lo haces cuando me ves, me vas a decir: “hola pa” yo voy a preguntarte cómo estás, “bien”, contestarás. Hoy vamos a compartir un viaje de regreso a nuestro refugio, Te voy a preparar esa comida que te encantan; hamburguesas y papas fritas, después vamos a jugar algún juego que elijas, hoy te voy a dar las gracias por hacerme sentir tan bien en la soledad que queda cuando te vas.

Al final de este libro tal vez este montón de hojas escritas sea un refugio.

